

1855. — TOMO V.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 14. — N° 112.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Ceremonia de expiación en Beni-Mered; grabado. — Cástor y Pólux. — Revista de Paris. — Rendición de Tuggurt (Sahara argelino); grabados. — Salvamento de un vapor inglés; grabado. — Toma de la emboscada rusa del Mat; grabado. — El combate de la vida. — Sebastopol; grabados. — La hija del capitán. — Tribulaciones de un remendero. — La Macarena; música. — La Casdani. — ¡Dichosa tú! — Romance. — A mi amada ausente. — De alto abajo. — Alfonso della Marmora; grabado. — Amuleto ruso; grabado.

Ceremonia de expiación en Beni-Mered.

Por la primera vez desde el renacimiento de la iglesia de Africa se ha cometido un sacrilegio en un templo cristiano.

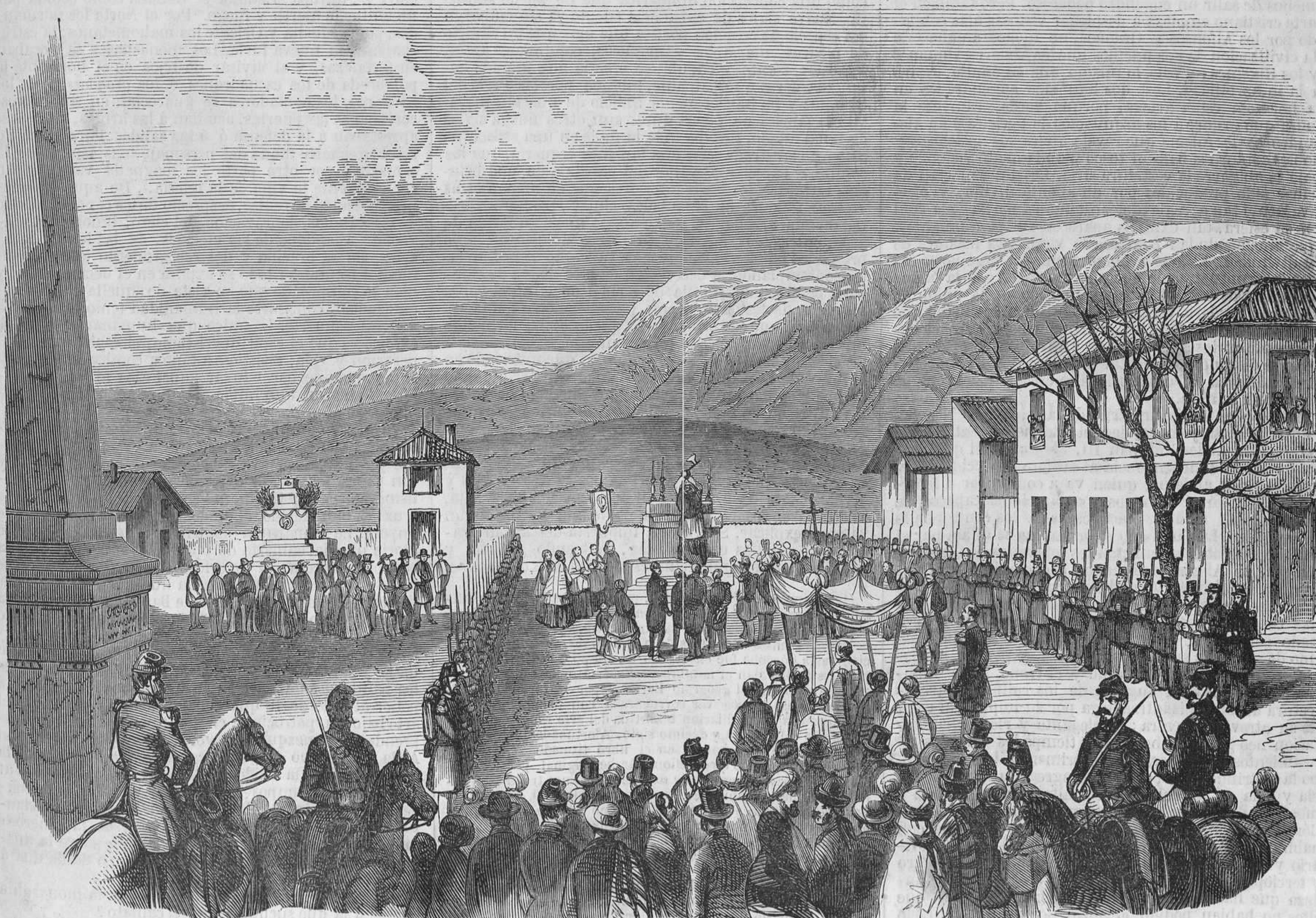
Un vagamundo escapado de presidio, que vivía de rapiñas, se introdujo una noche en la iglesia de Beni-Mered, abrió el tabernáculo y robó los vasos sagrados; había tres hostias consagradas; ¿que se ha hecho de ellas?

Sea como quiera, el sacrilegio pedía una reparación, una expiación solemne según los ritos de la iglesia, y esta doble y tierna ceremonia, tuvo lugar el 7 de enero.

Llegado el Sr. obispo al altar procedió con el agua bendita á la purificación del lugar profanado, y revestido después con el simple hábito color de violeta, en prueba de penitencia, celebró la santa misa ante los asistentes conmovidos; esta era la ceremonia de la expiación; la de la reparación ha ofrecido una tierna peripecia con la circunstancia particular de que el altar iba á quedar abandonado, pues se acababa de consagrar una nueva iglesia.

Después de los rezos, las estaciones y las ceremonias que mandan los ritos del culto católico, la muchedumbre arrodillada recibió la bendición episcopal, y fué en procesión á la nueva iglesia de la aldea.

M. R.



Ceremonia de expiación celebrada en la aldea de los Beni-Mered, cerca de Blidah.

Cástor y Pólux.

(PENSAMIENTO SOBRE LA HISTORIA DEL ARTE.)

¿Quién ignora el origen de la fábula de Leda? Era tal la belleza de los dos jóvenes Cástor y Pólux, y de su hermana Helena, la del cuello de cisne, según la pintan los poetas, que los griegos, propensos a materializarlo todo con su risueña mitología, los supusieron hijos del mismo Júpiter. Cástor sin embargo no era inmortal, porque en realidad el huevo de donde salió juntamente con Clitemnestra, había sido fecundado por Findaro, y no por Júpiter. Pólux y Helena sí lo eran: ambos habían salido del huevo fecundado por el padre de los dioses. Cástor y Pólux eran reputados como inmortales; pero cesó el error cuando murió el primero.

No parece sino que esta fábula fué proféticamente inventada para simbolizar la historia de los dos artes musulman y cristiano. Los dos derivan en su origen del arte clásico griego; pero el uno manifiesta en su desarrollo, en su degeneración y muerte, el germen puramente materialista y profano, mientras el otro revela en su crecimiento, siempre progresivo, que lleva, por decirlo así, el aliento de la divinidad. El arte cristiano es producto del consorcio de la belleza antigua con el espíritu fecundo con que Dios impulsó a la humanidad.

Añade la fábula que Pólux lloró amargamente la muerte de su hermano, y que le amó hasta el extremo de cederle la mitad de su inmortalidad para que los dioses le restituyesen por intervalos a la vida. He aquí simbolizada también la debilidad y degradación del arte cristiano en ciertas épocas, el cual por ceder a una ciega y fanática admiración hacia las creaciones del arte pagano, abjura de su inmortalidad, es decir, de sus altas y genuinas aspiraciones, y consiente compartir su legítimo imperio con un arte alucinador e impostor, cuyos medios no corresponden al objeto moral del arte en la sociedad.

Vamos a la comprobación histórica de esta aplicación de la fábula de Leda, que a muchos hasta ahora parecerá extravagante. Nos ceñiremos al desarrollo paralelo de las dos arquitecturas arábiga y cristiana en España.

El arte musulmán inició admirablemente su carrera con la famosa aljama de Córdoba, al abrigo de las asiduas meditaciones de los dos primeros emires, hombres de genio privilegiado, personalmente atentos a todas las cosas grandes con que se cimentan los imperios. De un nido calentado por águilas caudales no podía menos de salir un engendro poderoso. Pero también el arte cristiano empieza a desplegar vistosas alas cobijado por los Alfonso y Ordoños, no menos amantes de la civilización de sus pueblos que los Abde-r-rahmanes y los Hixemes; y este lo mismo que su émulo, aspiró a la inmortalidad. Los dos han sido engendrados en la hermosa reina griega, porque verdaderamente la musa que inspiró a los arquitectos de Pericles y de Alejandro es la misma que revela ahora sus graciosos y nobles contornos bajo el tosco poludamento visigodo y bajo la abigarrada vestidura siria. Los dos se jactan de haber sido producidos por un aliento divino, y efectivamente tan egregias dotes ostentan a porfía cada cual en su esfera, tan eximios aparecen sus pensamientos, que muchos dudan cual sea la verdadera hechura de la divinidad. El arte arábigo formado, digámoslo así por la penetración de la forma griega con la fantasía oriental, como Cástor engendrado en la unión de Leda con Findaro, perecerá sin embargo, lo mismo que pereció su personificación el héroe griego. Pero es sumamente curioso ver cómo el atrevido Cástor musulmán se dispone a arrebatar la palma de la inmortalidad, mientras el Pólux cristiano crece modestamente como a su sombra.

Ya no es el ilustre proscrito de la sangre de Merwan el que fomenta y engrandece el arte monumental musulmán: es Abde-r-rahman III, el grande, el que acaba de dar la independencia al califato de Occidente, el primer califa andaluz, quien va a comunicar a la arquitectura sarracena bríos y aspiraciones capaces de extender sus medios prácticos hasta los límites de lo maravilloso. La fama de su grandeza se dilata por el mundo, solicitan su amistad los soberanos de Constantinopla, de Alemania, Francia, Esclavonia, Italia, Navarra y Barcelona: los embajadores extranjeros regresan a sus cortes admirados de la magnificencia y civilización con que fueron recibidos; un rey cristiano destronado acude a él, obtiene agasajadora hospitalidad en uno de sus más suntuosos palacios, y por su mediación recobra la perdida salud y el trono. Abde-r-rahman el grande es el agosto de los califas: la arquitectura arábigo-bizantina llega por su impulso al cénit de su atrevida carrera: la elegante y rica ornamentación neo-griega cubre en su tiempo los garbosos lineamientos latino-persios del primer estilo; a la razonada distribución del ornato se agrega la magnificencia y gala de los colores y esmaltes, de los estucos y mosaicos de los nuevos procedimientos introducidos en Córdoba por los artistas de Constantinopla, que con habilidad nunca vista convierten la dura parte del vidrio y de los metales en deslumbrador brocado de oro y terciopelo. Llegó por fin la época de cultura y grandeza que habían soñado los primeros emires, y que ellos no habían podido alcanzar por no consentirselo las indómitas razas cristianas. Acabó la superioridad de Bagdad: la corte de Annasir brilla aun más que bri-

lló la corte de Al-Raschid, y la misma capital del imperio griego envidia a la reina del Guadalquivir sus maravillas después de haberla ayudado a crearlas. A la manera de un misterioso nigromántico que por arte satánico evoca de la región de las sombras deliciosos cuadros que mienten los placeres del paraíso, así la arquitectura sarracena, el Cástor valiente e impostor de la España árabe, hace surgir como himno de muerte del califato, creaciones incomparables, tales que después de volverse a hundir en el Océano de la nada las tienen por fabulosas las futuras generaciones.

Negad en buen hora las maravillas que los historiadores árabes con su exaltada fantasía os refieren de esa majestuosa sultana del Bétis, de quien no se desdijeron de ser joyeros los mismos emperadores Porfirógenitos (1); suponed fabulosas, si queréis, las magnificencias del encantado palacio de Azzahra, cuyas primorosas esculturas, admiradas con mezcla de placer y de escándalo por los más rígidos observantes del Alcorán, son conducidas allí nada menos que por una de las primeras dignidades de la iglesia bética, desde el asiento de la reina del Bósforo.

Olvidad lo que de aquella cultura y de aquella prosperidad material incomparable os vienen retirando todos los escritores menos sospechosos, desde el verídico S. Eulogio hasta el crítico y poco crédulo Masdeu; desentendedos de la admiración y anonadamiento de Ordoño IV rey de Galicia ante la augusta pompa e inaudita grandeza del hijo de Annasir; de aquella Córdoba en fin que reunía en diez millas de paraíso terrenal continuo, y encerraba en un cinto de torres donde lucían Azzahra y Azzahira como un broche de dos perlas gemelas, veintinueve suburbios, varios alcázares, con jardines y toda clase de juegos y máquinas hidráulicas, centenares de mezquitas, mercados, baños y bazares: objetos todos que forman un conjunto portentoso que solo pueden comprender hoy los habitantes de Londres y Pekín. No creáis lo que no veis con vuestros propios ojos y no palpáis con vuestras propias manos; pero contemplad la joya preciosa que aun se conserva en aquel joyero, hoy lastimosamente desierto y vacío, observad esa peregrina y deslumbradora Maksorah (2) que como un vestíbulo de tres cúpulas precede al Mihrab de la gran mezquita; y si tenéis la desgracia de no haber nunca visto este templo, único de su especie en el mundo, escuchad lo que es esa Maksorah, a la cual propiamente debió Córdoba el ser apellidada *cúpula del Islam, tienda de sus guerreros, trono de los sultanes*.

Figuráos un recinto donde la solidez de la construcción, las dificultades más grandes del arte, y los cálculos de la ciencia, se hallan tan admirablemente disfrazados, que el todo que se ofrece a la vista aparece como una concepción quimérica que no puede subsistir. Nueve siglos de existencia cuenta ya sin embargo esa especie de creación poética que más que un edificio de piedras, mármoles y mosaicos, columnas, arcos, impostas, zócalo y cúpula, se crearía una morada encantada aérea e impalpable, labrada por las Péris del Oriente; y no hay el menor indicio de que tan maravillosa fábrica no pueda durar aun otros nueve siglos en igual estado. Estriba toda la mole en una especie de cámara claustrada con una tan sutil arquería, que las columnas parecen las varas del pabellón de una princesa tártara, y los arcos inferiores que de unas a otras voltean festones de recamadas cintas, primero apretadamente arrolladas, y dispuestas luego en forma de aspa, entregadas a sus naturales ondulaciones, solo prendidas por las extremidades. Cree uno al pronto estar contemplando la decoración de una tienda de campaña persiana en un día de boda ó de triunfo. Sobre los arcos de festones, propia y técnicamente hablando *angrelados*, que se cortan como queda dicho formando un aspa dentro de cada intercolumnio, se elevan siete graciosos y leves arcos de herradura, que muriendo en el muro de mediodía, cierran el cuadro y terminan el cuerpo bajo del suntuoso vestíbulo. Encima de esta doble arquería, en que las esbeltas columnillas superiores se representan como lindos y ágiles mancebos circasianos encaramados en hombros de esclavos indios con las ballestas levantadas, corre una imposta, labrada y lijera, que abraza y corona los cuatro frentes y divide la fábrica del domo en dos zonas, alta y baja, esta cuadrangular, aquella de distinta forma, según vamos a explicar. Sobre esta impuesta descansan gráciles columnillas emparejadas, volteando grandes y atrevidos arcos semicirculares, con tal arte dispuestos,

(1) El emperador griego Leon, padre de Constantino porfirógenito, regaló a Abde-r-rahman Annasir varios y preciosos objetos para su palacio de Medina Azzahra; entre ellos unas hermosas fuentes adornadas de bajo-relieves, de cuya conducción hasta Córdoba fué encargado un obispo a quien los historiadores árabes dan el nombre de *Rabi*. Aunque tenemos noticia de esto por el geógrafo Edrisi y por el historiador Al-makkari, deseábamos ver corroborada con documentos más circunstanciados la filiación bizantina del arte musulmán bajo los califas del noveno y décimo siglo. Afortunadamente hemos hallado lo que deseábamos en el libro titulado *Historia de Almagreb*, publicado en su idioma árabe original, por el anticuario M. Dozy. En un pasaje de este libro, cuya traducción de hemos a nuestro amigo el erudito orientalista D. Pascual de Gayangos, se refiere menudamente como vino de Constantinopla a Córdoba el mosaico llamado *Sofeysafa* que reviste el vestíbulo del *Mihrab*, y como fueron artistas bizantinos los que allí lo colocaron, los cuales formaron en el reino de Córdoba numerosos discípulos.

(2) La *Maksorah* formaba un recinto cercado solo accesible al califa y a ciertos ministros del culto. Servía como de vestíbulo al santuario ó adoratorio, llamado por unos *mihrab*, por otros *quiblah* por suponerse que indicaba la dirección en que caía la Meca.

que parecen imitar sus curvas guirnalda entrelazadas de un corro de hermosas odaliscas; porque los arcos voltean, no desde cada columna a la correspondiente de la pareja inmediata, sino dejando esta pareja inmediata en claro. De este modo, siendo dos las parejas de columnillas que estriban en la imposta en cada frente, se forman en el espacio ocho arcos torales en dos grandes cuadriláteros contrapuestos, sus arranques se cruzan formando ocho puntos de estrellas (prosáicamente diríamos *pechinás*), y en el centro resulta un anillo octógono con ocho graciosas caídas como prendidas a los capiteles de las ocho parejas de columnas. Entre punta y punta un elegante arco ultra-semicircular, al cual se adapta una tabla de alabastro calada, deja a la vista paso dudoso al azul del cielo: con esto, ostentando la cúpula que sobre el octógono y sus pechinás se levanta un verdadero prodigio del arte mosaico por los dibujos y vivos esmaltes con que en ella se fingen las más preciosas estofas del Asia, el domo bizantino reproduce a la imaginación del que absorbo lo mira, un ligero pabellón de sedas, lino y cro, fijo en tierra con ocho varas dobles colocadas en círculo, henchido por un recio viento, y como tirando para desprenderse y alzarse rápido a la región de las nubes.

Por entre la elegante arquería que más que sostener el domo parece pender de él, como penden de un chal de Persia sus entreteguidos caireles, preséntase al fondo la sorprendente fachada del *mihrab*, que cuando recibe los reflejos del sol poniente brilla como un paño de brocado cuajado de pedrería, y que debía deslumbrar como la visión de un palacio encantado de lapislázuli, oro, carbunclos, rubíes y diamantes, cuando en el mes de Ramadhan ardian bajo aquella esmaltada cúpula las mil cuatrecientas cincuenta y cuatro luces de la lámpara mayor pendiente en el centro, y el gran cirio de sesenta libras que lucía al lado del lman.

Obras de este género en ninguna parte se construían más que en Córdoba; nunca, cristianos ni muzlimes habían visto creaciones artísticas semejantes; así que, unos y otros centemplan absortos el *mihrab* y sus mosaicos cuajados de cinabrio, lapislázuli y oro, el vestíbulo y sus tres elegantes cúpulas lanzadas gallardamente al espacio, el domo principal reverberante y deslumbrador suspendido en el aire sobre un sutil anillo de puntas, las encintadas arquerías, las puertas de oro, el pavimento de plata!... Todos confesaban que ni en Constantinopla, ni en Damasco, ni en Aquisgran había maravillas comparables a aquellas.

Con estas obras marcaba su mayor crecimiento el arte musulmán en España, cuando espiraba el décimo siglo para la cristiandad, y con él el entusiasmo artístico en los reyes y pueblos del Occidente. ¿Y qué mucho? La Europa cristiana se hallaba como ceñida por un anillo de hierro y fuego. Por el Norte los normandos, por Mediodía y Oriente los mahometanos, la estrechaban con nueva furia. Los monasterios se trocaban en fortalezas, y al divisar de lejos en el horizonte la polvareda de los escuadrones ó los *dragones* (1) de los bárbaros, los pobladores se guarecían en sus muros, cerrábanse las puertas, acudían a las armas, y todos se aprestaban a la defensa ó a las salidas. Para elegir un abad se echaba mano del personaje más temido de la comarca; por otra parte los magnetes vendimiaban copiosamente la viña de la iglesia... De aquí desórdenes, violación de reglas, desprecio de los cánones, olvido de los estudios, depravación del clero, ignorancia universal! Abandono de las ciencias, de las letras, de las artes, de la oración y del recogimiento que son sus fuentes fecundas; todo se explica en el décimo siglo, y bien se comprende que en vista de aquella gran desorganización, concibiese la humanidad temores de ruina general y muerte. Lo único que humanamente no se explica es que el espíritu cristiano, el espíritu de regeneración y vida, resistiese a tantos combates, y que en el momento de hacer lugar aquel caos al primer crepúsculo de luz, aun hubiese santos en la tierra y géminos para el arte.

Va pues a cumplirse el primer milenario del cristianismo. La cristiandad, semejante a Israel al pie del Horeb y del Sinaí, espera que hable Dios prosternándose con vagos terrores y extremecimientos. El mahometismo, gárrulo y triunfante se arma de nuevo contra la cruz: es el intrépido, el osado y duro Almanzor el que impera. La monarquía asturiana y leonesa, llena de gloria un día, cubierta de oprobio ahora, cree llegada su hora postrera: el victorioso *hagib* pasea por ella sus banderas triunfadoras y nunca humilladas, invade las marcas españolas, apodérase de Barcelona, conquista a Leon forzando sus montañas, entra en Galicia, asistido ¡oh mengua! de caudillos cristianos, traidores que reciben de él pingües remuneraciones; alarga la pujante mano a Santiago de Compostela, a la famosa Caaba de los bautizados de Occidente, y vuélvese a Córdoba, a poner el sello de lo que puede alcanzar el genio del arte bajo su patrocinio, en las nuevas obras que emprende en la mezquita mayor. No hay estío en que el Atila del décimo siglo no alcance contra los reyes de la trabajada España ruidosas victorias. Todos los años al abrirse en los campos los rojos botones de las primaverales amapolas, se abre también a impulso de las lanzas y saetas bereberes la ancha vena de la generosa sangre cristiana; y hay inviernos en que sobre la misma nieve dura el rojo matiz en el campo desde una a otra primavera.

¿Quién creará sin embargo que no es la monarquía cristiana la que sucumbe, sino el califato?

(1) Nombre que se daba a las naves de los normandos.

Advertid que la civilización arábiga se va extinguiendo con el último y afeminado vástago de los Umeyas, y que la civilización africana sustituida á aquella por Almanzor, solo representa los esfuerzos de un arte que declina, los sacudimientos de un estado moribundo. El estado y el arte siempre mueren juntos: percíbese ya el victorioso rumor de las huestes cristianas en Calatañazor; el sol del Califato tiñe sus oblicuos rayos en la roja espuma de que está bañada la *peña de las águilas* (1); y entretanto el Cástor musulmán, desperdiciado en las frivolidades y menudencias de una arquitectura toda de calados y follajería, sin vena ya para crear formas nuevas (2), va lentamente espirando, sofocado por el Pólux cristiano, como muere, cuando el grano de mostaza se convierte en árbol robusto, la débil planta que al brotar le daba sombra. ¡Cuán cierto era que aquel no estaba dotado de aliento divino!

El arte cristiano, ya lozano y pujante, puede ahora dilatar libremente sus ramas hasta sombrear la misma tierra de donde procede su germen. Menesteroso y mendicante en un principio cuando el Epulón musulmán derramaba á manos llenas sobre la reina del Bétis las galas de Bizancio; dispónese ahora para ir á llamar con arrogancia á las puertas de la mezquita musulmana con la civilización de la cruz exaltada por las armas del hijo de Berenguela.

Otro día continuaremos tal vez la interpretación de la fábula propuesta en lo relativo al llanto que el indiscreto Pólux hizo por su hermano. Será materia fecunda y sabrosa porque entran en ella fenómenos poco observados hasta ahora en la historia de nuestro arte monumental.

PEDRO DE MADRAZO.

Revista de Paris.

La semana entera se ha pasado bailando; ¿qué cosa mejor se puede hacer en esta época risueña en que el carnaval nos incita continuamente por do quiera que vamos? El baile es la diversion mas animada de los salones, el principal de todos los placeres que puede ofrecer la sociedad, pero por desgracia si la acción es muy divertida, la narración ofrece siempre muy poco interés. Todas las descripciones de bailes se parecen y ruedan en el mismo círculo de alabanzas singeras, merecidas y monotonas. Cuando se dice que en casa de la marquesa Tres Estrellas habia una muchedumbre escogida, que los salones estaban adornados con un esplendor nunca visto, que los trajes eran brillantes, que allí estaban reunidas las mujeres mas hermosas de la capital, y que se veían tambien muchas notabilidades políticas, financieras y literarias, ya se acabó todo; los nombres propios inscritos en esos boletines son siempre los mismos, y los incidentes del conocido poema no varían.

Sin embargo, algunos de estos bailes parisienses presentan un atractivo particular, y por consecuencia suministran alguna materia á la crónica; tales son los del Hotel de Ville. — Estos bailes del prefecto del Sena son siempre muy pintorescos por la variedad de las fisonomías que en ellos figuran. Las esquelas de convite comprenden necesariamente á todas las personas que de un modo mas ó ménos directo tienen algun roce con la municipalidad, y encuéntrase allí al mundo parisiense bajo todas sus formas, en todas sus categorías. Es imposible hallar en otra parte una reunion tan completa.

A veces se aumenta mas aun esta variedad con la presencia de algunos intrusos que se deslizan en la asamblea, lo que es punto ménos que inevitable cuando se distribuyen mas de cinco mil esquelas de convite. Pero ya dijimos, al hablar hace pocas semanas del primer baile del Hotel de Ville, que la municipalidad habia tomado sus medidas para impedir que las entradas aprovecharan á otra persona que la designada en la tarjeta, y en el segundo baile que tuvo lugar el sábado último se ejerció una vigilancia á las puertas que dió lugar á escenas divertidas; hábiles fisionomistas estaban colocados allí en observacion, y si esta aduana no pudo impedir totalmente el contrabando, por lo ménos hubo de cerrar el paso á mas de un fraude.

Verbigracia: Una de las actrices mas conocidas de Paris se habia podido proporcionar una esquila de convite dirigida á una condesa; quizá el jóven que la daba el brazo habia suministrado ese título tan propio para lisonjear su vanidad. Pero desgraciadamente, el amor propio de la jóven sufrió un golpe terrible; uno de los encargados de tomar los billetes la detuvo á la puerta, y como la actriz quisiera entrar en explicaciones, la respondieron por su nombre de cómica. No hubo mas remedio que tocar retirada, sufriendo las sonrisas y los epigramas de los que se hallaban presentes, que el jóven elegante que la acompañaba acogió con ojos feroces. — Pero esto no es nada aun; el chasco principal es el siguiente:

Una señora jóven y bonita que acababa de llegar de una provincia, deseaba ardentemente concurrir al baile del Hotel de Ville, pero su marido tenia tan pocas relaciones en Paris que no habia podido hacerse con una esquila de convite, tanto mas cuanto que su señora habia manifestado muy tarde su deseo, cuando ya la distribucion de billetes estaba concluida. Pero por una casualidad extraordinaria un anciano amigo de los dos esposos recibió la víspera del baile una invitacion á que no la habia solicitado, y además era doble, para él y su señora, aunque el buen viejo era soltero. Suelen ocurrir de

(1) Esto significa la palabra árabe *calatannosr*, ó Calatañazor.

(2) En comprobacion de esto citarémos la famosa cámara árabe de la misma mezquita de Córdoba, que sirve de sacristía á la capilla de Villaviciosa.

estos lances inexplicables, y en vano se habria tratado de averiguar el secreto de este. Pero en fin, lo esencial era que la jóven y su marido se aprovecharan de la esquila de convite que habia caido de las nubes. El amigo la ofrecia de buena voluntad, y el esposo, que por varios motivos no se hallaba en las mejores disposiciones para asistir al baile, alegó algunos pretextos que al punto fueron pulverizados con argumentos vencedores. ¿Qué inconveniente podia tener en presentarse en el baile con una esquila donde figuraba un nombre desconocido? ¿Qué mal habia en ello? El marido cedió; siempre ceden los buenos maridos.

Los dos esposos llegan pues al Hotel de Ville. El marido toma el manton de su señora y se despoja de su gabán para depositarlos en el guardaropa situado al pié de la escalera, donde habia unas cincuenta personas que aguardaban su turno; la operacion podia durar algunos minutos:

— Tengo frio, dijo la jóven tiritando en su ligero prendido de baile; voy á subir y te espero dentro.

— Muy bien, responde el marido.

— No te olvides de mi abanico que está en el bolsillo de tu gabán.

— No tengas cuidado, no me olvido.

Mientras el marido deja sus prendas en el guardaropa, la jóven sube las escaleras rápidamente; los que estaban á la puerta, reconociendo en ella una señora, la dejan entrar, después que ella les dijo mostrando á su esposo:

— Mi marido trae nuestro billete.

Pasa, y el marido que la sigue con ojos inquietos, cree distinguir un jóven elegante que se acerca á ella risueño, la ofrece su brazo y la arrastra á los salones. Vision de celoso, sin duda; pero ¿cómo podia ver si se engañaba en medio de la muchedumbre de damas y de caballeros que circulaban en aquel instante por la escalera?

Agitado y ansioso el marido se da prisa; por fin llega á la puerta, y mientras pierde otro poco de tiempo buscando en el bolsillo de su frac la esquila de convite, un jóven pasa á su lado y le saluda en alta voz pronunciando su nombre.

— Buenas noches, M. X..., muy tarde llega Vd.

— Buenas noches, contesta el marido volviendo la cabeza para distinguir al que le saluda.

Y al mismo tiempo presenta su billete á los encargados de recogerlos.

— Vd. se llama M. X..., dice uno de ellos; acaba Vd. de responder á ese nombre.

— Sin duda alguna, no lo niego.

— Entónces no puede Vd. entrar en el baile.

— ¡Ah! ya caigo; pero si es un amigo, un amigo íntimo que me ha cedido su billete instándome para que le tomara.

— No le hace; nuestras órdenes sobre ese punto son terminantes.

— Pero ¿y mi mujer? repuso con emocion el marido; mi mujer que acaba de entrar hace un instante mientras estaba yo abajo dejando las capas; no puede Vd. impedirme que siga á mi mujer, al ménos permítame Vd. que entre á buscarla y nos saldremos juntos.

Todo fué inútil; conociendo las astucias de los fraudes, y sabiendo muy bien que á veces se representan tales escenas para enternecer y allanar los obstáculos, los guardianes del santuario permanecieron inflexibles.

Súplicas, quejas, imprecaciones, nada pudo vencer la resistencia. Obligado á permanecer á la entrada, el infortunado esposo se prometió que su mujer viendo que él no la habia seguido volveria á la puerta, pero se engañó en su esperanza. Entónces quiso buscar entre las personas que entraban ó salían por aquella puerta inexpugnable algun conocido á quien suplicar que hiciera el favor de advertir á su señora que la estaba esperando, mas aquí le esperaba otro desengaño; ningun rostro conocido asomó al alcance de sus ojos. Reducido á sufrir un planton que podia prolongarse toda la noche, el infortunado esposo principió á sentir las extrañas y amargas sospechas propias de un lance semejante.

— ¿Si habrá sido todo esto, se decia, un negro tegido de perfidias, odioso resultado de un plan concebido de antemano? Aquella esquila de convite para marido y mujer dirigida á un soltero que no la habia pedido, y que me la ofrece con tanto empeño; aquella lentitud quizá de intento para desembarazarme de mi gabán y de mi capa; mi mujer que nunca se queja del frio, y se pone á tiritar junto á una estufa que yo no ví entónces, y que se vale de ese pretexto para encaminarse hácia la escalera donde la encuentra un jóven y la da el brazo, pues era ella, no lo dudo ahora, y por último, aquel desconocido que me saluda por mi nombre con una voz de trueno para denunciarme á los que están á la puerta... ¿estaré siendo el juguete de una maquinacion infernal?

Tuvo mas que tiempo suficiente para entregarse á estas dolorosas reflexiones y á otras mas tristes todavía, en su largo planton que duró desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana. Solo entónces, entre cuatro y cinco, los feroces guardianes quisieron mostrarse compasivos, y el pobre hombre pudo atravesar el umbral de la puerta, penetrar en los salones, recorrerlos de un extremo á otro y examinar á las pocas bailarinas que habian quedado en ellos sin poder dar con su cara consorte. Esto era mas extraordinario; ¿cómo y cuándo su mujer habia salido del baile? Ya se ve, hay tantos corredores, tantas escaleras, tantas puertas en el palacio municipal; quizá habia salido mientras él entraba; en fin, no le quedaba mas recurso que volverse á su casa, donde fácil es adivinar que encontraría á su esposa. En efecto allí estaba, pero dispuesta á decir á su marido cuatro claridades.

— Bien te has portado esta noche; me llevas á la puerta del baile, me dejas entre aquella muchedumbre sola y abandonada como una aventurera...

— Pero mujer...

— No hables, porque estoy furiosa; en vez de seguirme te marchas á pasar la noche sabe Dios donde; ¡qué conducta tan incalificable!

La esposa abandonada hizo un cuadro horroroso de sus alarmas y de su espanto en medio de aquella multitud que

habia en la fiesta. ¿Qué habria sido de ella si no hubiera encontrado á una amiga con su esposo, que la habian protegido, que la habian guardado y acompañado hasta su casa prestándole un abrigo para el carruaje? Sin esta casualidad habria tenido que volverse sola, á pié con su vestido blanco de crespon y la cabeza desnuda.

— De modo que Vd. queria mi muerte, caballero, dijo al concluir su relacion, con lágrimas en los ojos.

Léjos de poder tomar la ofensiva y formular las sospechas que habian penetrado en su cerebro, el marido ni siquiera pudo lograr justificarse. Las apariencias estaban contra él, su mujer habia tomado la delantera en el ataque; no le quedaba otro recurso que implorar su gracia. Pero antes de esto hubo que pensar en ir á dar las gracias á la amiga y á su esposo, en señal de urbanidad y reconocimiento.

Pero nos hemos detenido demasiado tiempo á las puertas del baile, y ciertamente podemos decir que los que se quedaron en ella contenidos por los comisarios perdieron mucho, pues la fiesta estuvo en realidad brillante y animada. El vasto palacio habia iluminado sus principales aposentos, lo que equivale á decir que los convidados tenian para bailar como unos cuatro kilómetros de salones.

Las señoras deploran cada vez mas la revolucion que se ha operado en el traje masculino; echan de ménos el antiguo frac negro que formaba la parte de sombra en el cuadro de sus gracias; piensan que los hombres están en el deber de dejarlas brillar solas, y en el implacable egoísmo de su coquetería se quejan amargamente al ver que se ha reemplazado con ricos bordados y colores esplendentes, el fondo monótono y tenebroso sobre el cual se destacaban ántes sus prendidos tan frescos y risueños.

— Los hombres quieren entrar en lucha con nosotras, dicen las coquetas, y para sostenernos tendríamos que desplegar magnificencias inauditas; tendríamos que cubrirnos de oro y pedrerías y sacrificar la elegancia al brillo.

Sin embargo, preciso es decirlo, hay un poco de exageración en estas quejas; el frac negro no data de tiempo inmemorial, y ántes de caer en este uniforme lúgubre, los hombres de todas condiciones se adornaban con colores risueños, y en las reuniones del gran mundo solo se mostraban vestidos con ricos trajes bordados, dorados y resplandecientes de lentejuelas.

Y no obstante, esto sucedia en épocas de una galantería incontestable, cuando ningun hombre se habria atrevido á causar el menor desagrado á una mujer sobre el delicado capítulo de los adornos. Las señoras de aquel tiempo deseaban muchísimo brillar y mostrarse siempre encantadoras, y á pesar de este ardiente deseo nunca pensaron en formalizarse por el lujo que los hombres ostentaban en sus casacas; jamás notaron que ese lujo pudiera perjudicarlas, como hoy los uniformes de la corte, y al contrario habrian sentido en extremo ver que los hombres renunciaban á los ricos bordados, al calzon corto y á las medias de seda, para disfrazarse con el horrible frac negro, ú otra cosa equivalente. Sin duda alguna habrian considerado como una injuria hecha á la buena sociedad, ese abandono en el vestir que autoriza á los caballeros para presentarse en los salones con pantalon y bota, grotesco vestido tomado de las caricaturas de la comedia italiana.

Solo un inconveniente presenta la casaca bordada, y en vano intentaríamos disimularlo; una señora despues que ha bailado un vals con una de esas casacas tan sobrecargadas de dorados en relieve, se queda con los hombros llenos de arañazos; antiguamente, cuando florecia esta moda brillante, no se bailaba mas que el minué, y por consecuencia no habia ningun arañazo. — Si se remedia el inconveniente, la casaca bordada que campea en las fiestas oficiales desde hace tres años, se aclimatará en Paris sin ningun otro obstáculo notable.

MARIANO URRABIETA.

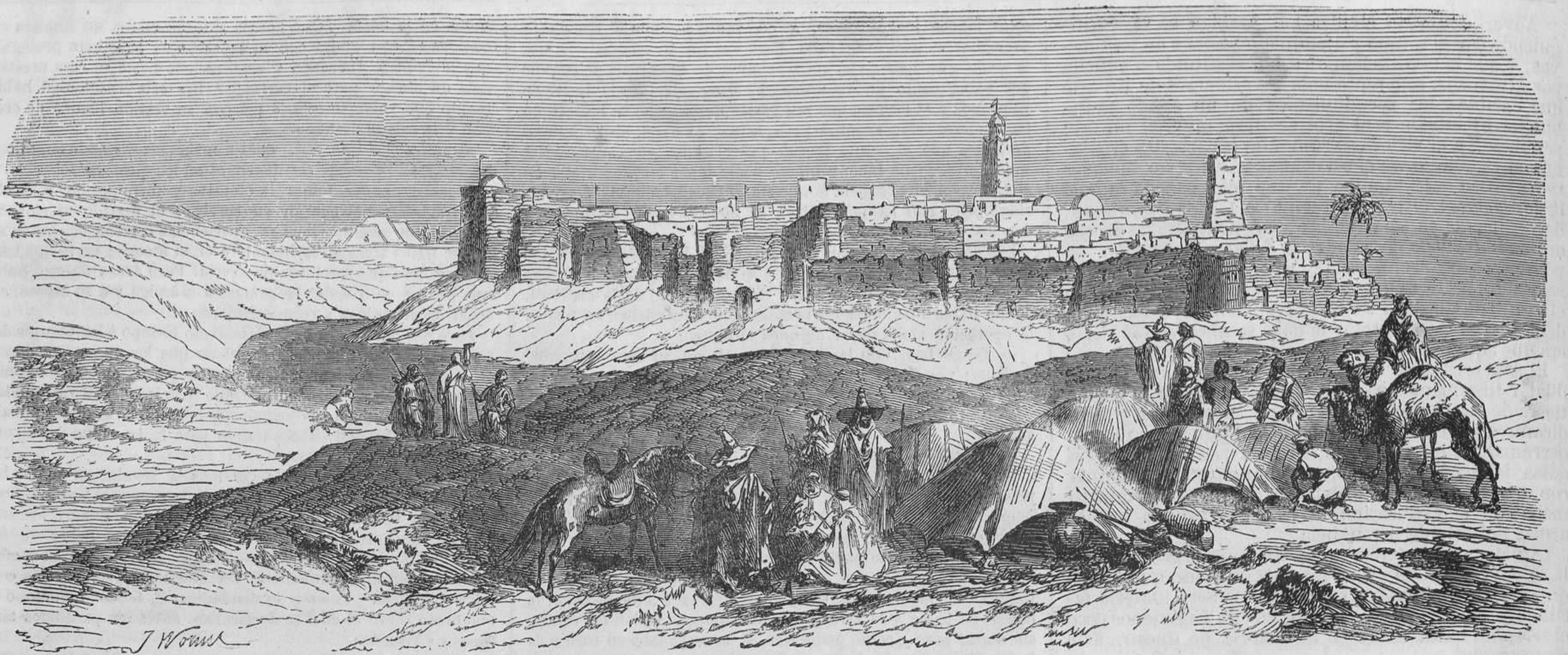
Rendicion de Tuggurt (Sahara argelino.)

Por fin, gracias á la actividad y al profundo conocimiento del país que posee el Sr. coronel Desvaux del 3º spahis, Tuggurt, este pueblo importante, este último refugio de los agitadores de la Argelia acaba de rendirse, sin que haya que deplorar mucha sangre vertida. — He aquí como ha podido alcanzarse este buen resultado.

A fines de octubre, el gobernador de la Argelia, mandó que salieran casi simultáneamente de tres puntos distintos, tres columnas para ir á reunirse despues al Sur de la Argelia; estas tres columnas debían obedecer entónces á un jefe supremo, el coronel Desvaux, que desde hacia tiempo ganaba partidarios á la causa francesa aminorando la importancia del último chérif Mohamed-ben-Abdallah y del caid de Tuggurt, Soliman su aliado.

Este chérif Mohamed-ben-Abdallah era el terror de aquellos países: todos los años, desde que habia sido arrojado de El-Aghuat, desolaba las comarcas vecinas exigiendo impuestos y robando lo mismo á los amigos que á los enemigos. Cuando se veia perseguido, Mohamed se refugiaba en casa de Seliman que, á la muerte del caid del Tugurt su primo hermano, se habia apoderado del poder despues de haber mandado degollar hasta el último de los descendientes de la rama reinante. Por eso en cuanto fué denotado el chérif, el caid Seliman sin este apoyo, y temiendo á los partidarios de la Francia, tuvo miedo y huyó llevándose todos sus tesoros. — Las tropas expedicionarias se componian de este modo:

La primera de estas columnas, llamada El-Aghouat, iba mandada por el comandante del Barrail, y se com-



Puerta del Sur de la ciudad de Tuggurt (Argelia).

ponia de goums (arabes aliados) de algunas compañías del 25 de ligeros de tiradores indígenas y de una división del 1º spahis.

La segunda columna llamada de Boucada, al mando del comandante Pein, llevaba por jefe de la caballería al comandante de Bernis del 3º de cazadores de Africa, y se componia de algunas compañías del tercer batallón ligero de Africa, de una compañía de tiradores indígenas de Constantina del goum de Boucada, de una división del 3º spahis y de un escuadrón del 3º de cazadores de Africa. Encaminábase por la llanura de Mehaguen, atravesando las montañas y el desfiladero del Boukail, para caer sobre los oasis de Tuggurt-el-M'gheir, Sidi-Khelil, Uglana, Tamerna, Sidi-Rachel y Meggarin.

La tercera columna llamada de Biskra, bajo las órdenes del coronel Desvaux se componia de un batallón del 68 de línea, de cuatro escuadrones de caballería, dos del 3º spahis y dos del 3º cazadores de Africa con tres piezas ligeras, al mando del teniente coronel Guerin de Waldersbac. Encaminábase hacia Tuggurt, y esperando nuevas fuerzas, marchaba a la descubierta, á las órdenes del comandante Marmier, jefe del distrito árabe de Batna, enviado delante para conocer las disposiciones de los habitantes, que unos estaban por el sherif y otros por los franceses.

Ya M. Marmier habia avanzado hasta el oasis de

Meggarin á poca distancia de Tuggurt, y habia establecido su campo en Bou-Bekrir, cuando el cherif cayó de pronto con mas de 6000 hombres de infantería y caballería que fueron rechazados con una pérdida por su parte de 500 muertos y 1000 fusiles. Los franceses tuvieron 10 muertos y 45 heridos.

El cherif Mohamed se fugó, y con él Soliman, el caid de Tuggurt, cuyos habitantes abrieron las puertas á los vencedores. De este modo cayó en poder de los franceses el pueblo de Tuggurt, el día 2 de noviembre de 1854, y con Tuggurt cayó tambien su rival Temacin de modo que en el día la Francia posee los últimos límites naturales de la Argelia hasta el desierto de Sahara.

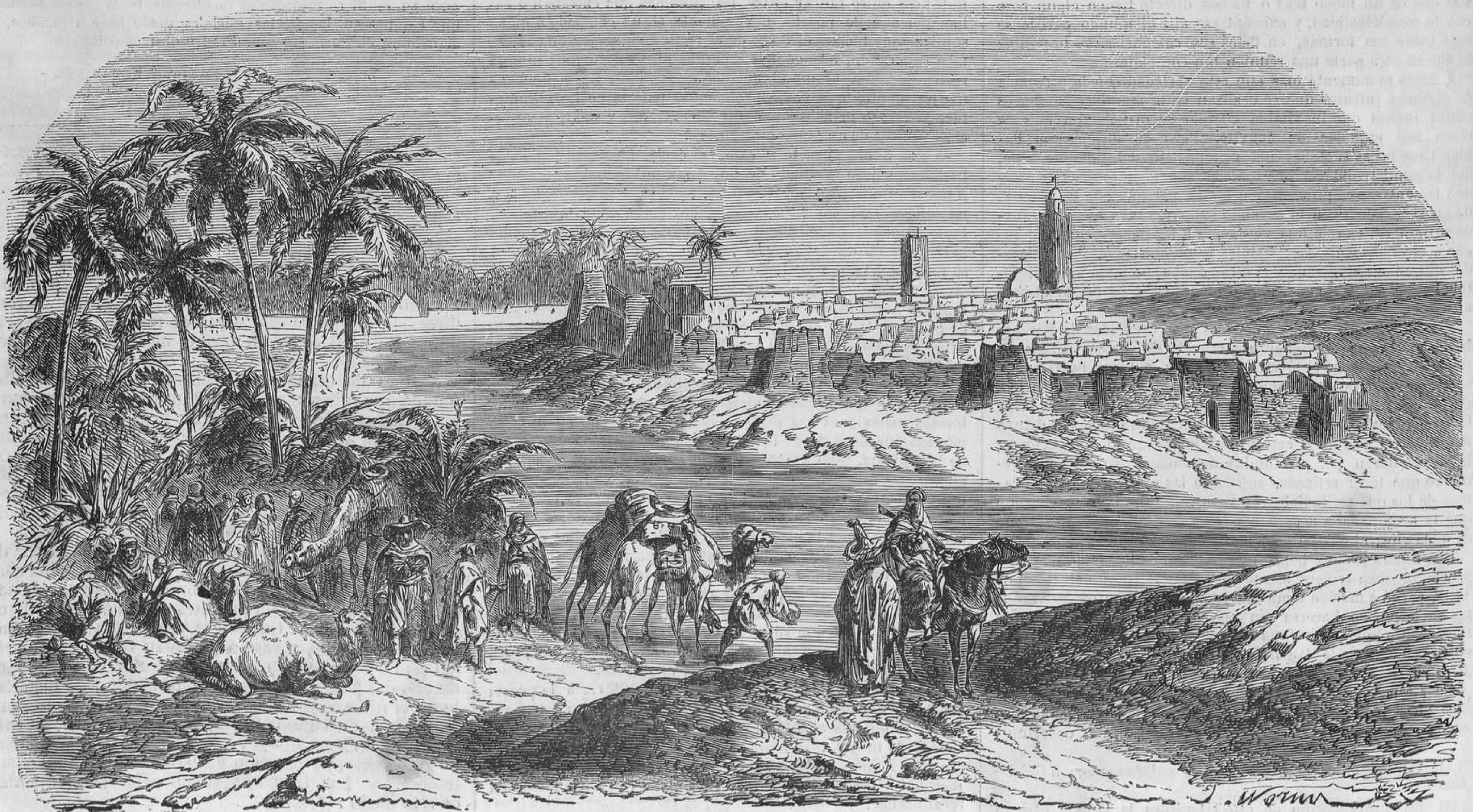
Tuggurt, á la extremidad Sur del Ued-Rir, está situada entre el 33º y 34º de latitud y entre el 3º y 4º de longitud; como todos los pueblos árabes del desierto, es de ladrillos cocidos al sol, y de piedra; sus casas están tan apiñadas que Tuggurt seria un laberinto si sus calles no fuesen muy rectas. Sus habitantes son feos en lo general; tienen el cutis cobrizo, la nariz chata; en una palabra son un término medio entre la raza árabe y la negra, hablan un árabe muy puro.

Tuggurt tiene un cerco de tapias muy altas, y cuatro puertas; su defensa principal consiste en un foso de 20 metros de ancho y de 15 piés de hondo, que se halla lleno de un agua fangosa, cuyas emanaciones producen calenturas peligrosas en el verano.

Al rededor de Tuggurt hay una porción de pueblecillos fortificados, y con bonitos jardines regados con un agua corriente, pero tibia y sulfurosa; no hay otra en aquellos parajes. Todos los oasis del Ued-Rir se parecen; es un bosque de palmeras, en cuyo centro los habitantes construyen su población, con un cerco de tapias. A veces el viento del desierto es tan fuerte, que cubre el lugarillo con una montaña de arena, y los habitantes se ven obligados á llevar á otra parte sus penates.

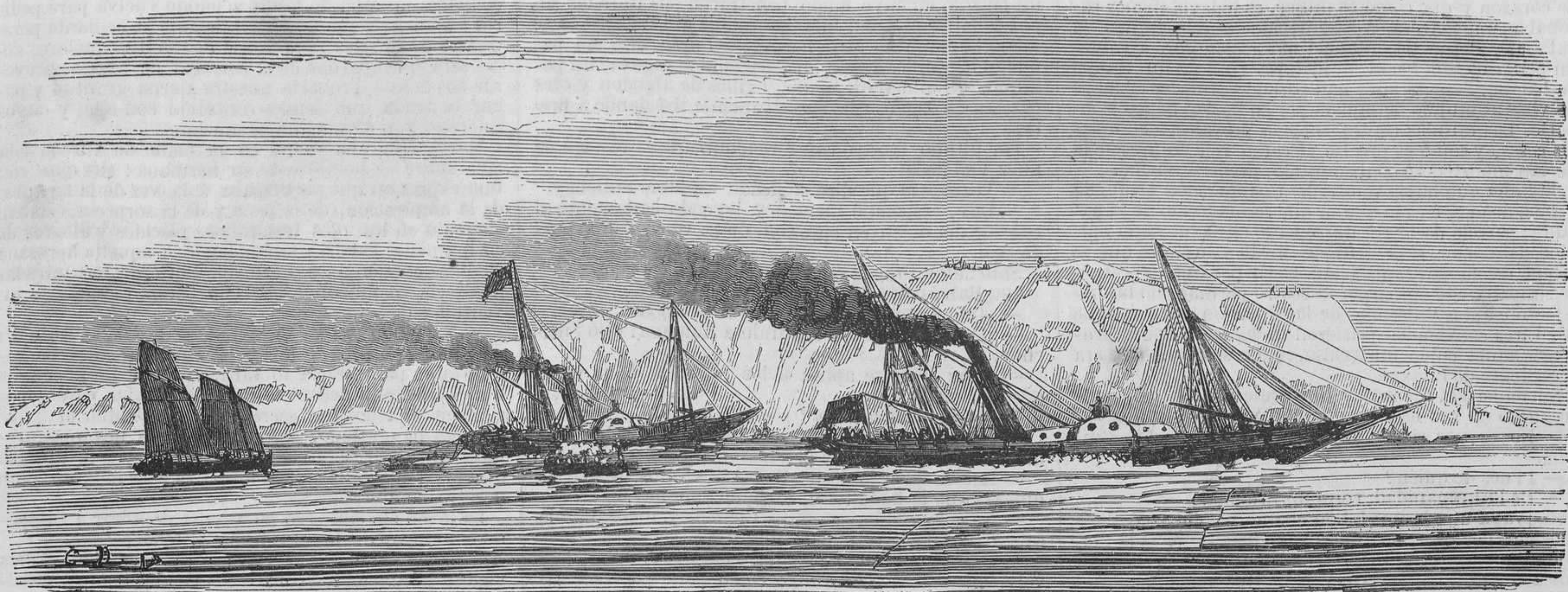
Tuggurt puede considerarse como una ciudad fuerte, pero bastante fea; carece de monumentos, sino es la mezquita cuya cúpula es casi una obra maestra de arquitectura interior, ó mejor dicho de molduras, pues los adornos son de yeso. Además podemos citar el palacio del Bey con algunas galerías y un jardín, y dos torres cuadradas que se elevan en el centro de la ciudad, uno de ellos ruinoso.

Ahora si hablamos de la importancia de Tuggurt vemos que tiene bajo su dependencia una porción de oasis con mas de 400,000 palmeras; además es el lugar de tránsito de las muchas caravanas que van de Túnez á Marruecos, y por último, Tuggurt suministra á los árabes sus armas y sus adornos de oro y plata. Como Tuggurt era segun hemos dicho el último refugio de los agitadores, su posesión por parte de los franceses es un gran beneficio para aquellas comarcas.



Puerta oeste de la ciudad de Tuggurt (Argelia).

Salvamento de un vapor inglés.

Salvamento del vapor inglés la *Princesa Alice*, en Calais.

Calais 22 de enero de 1855:

« El adjunto dibujo del salvamento del vapor inglés *La Princesa Alice* es exactísimo. — El 22 de enero á las dos y media de la mañana por un tiempo nublado, el vapor la *Princesa Alice*, capitán Lyne, procedente de Donores tocó á la costa entre Sang'atte y el cabo Blanc Nez. Este paquebote habia venido en servicio extraordinario, trayendo á Francia un correo de embajada con despachos para Turin. La bruma era tan intensa que los faros de Douvres, Calais, Gravelines y Boulogne habian desaparecido completamente; el buque marcha hácia Calais, pero arrastrado por la velocidad de las corrientes se desvió de la entrada del puerto para ir á zozobrar á cuatro leguas Oeste de Calais.

» A la marea de mediodía, el vapor inglés *Ondine*, capitán Hamond, pasó al lugar de la desgracia, y gracias á las buenas maniobras del capitán Hamond, la *Princesa Alice* quedó en breve fuera de peligro y entró en el puerto.

» Se deben muchas felicitaciones á M. Deschamps,

director del servicio de los vapores de la Mancha, que se apresuró á poner á la disposicion de la *Ondine* todo el material necesario para el salvamento.

» Independientemente de la parte de elogios debidos al capitán Hamond por su conducta, citarémos á M. Guichon, empleado del muelle, y á los señores Fiquoy y Mulard, pilotos de Calais que mostraron todos el mayor celo, á pesar del rigor del frío, para operar el salvamento de la *Princesa Alice*, que á las dos y media marchaba para Calais.

» Ch. D. »

El combate de la vida.

HISTORIA DE AMOR POR CARLOS DICKENS.

(Continuacion.)

— Digo, caballero, respondió Alfredo, que el mayor favor que creo podriais hacernos á todos nosotros seria

el de olvidar á veces vuestro campo de batalla, por ese otro campo de batalla de la vida, mucho mas grandioso que el sol alumbra diariamente.

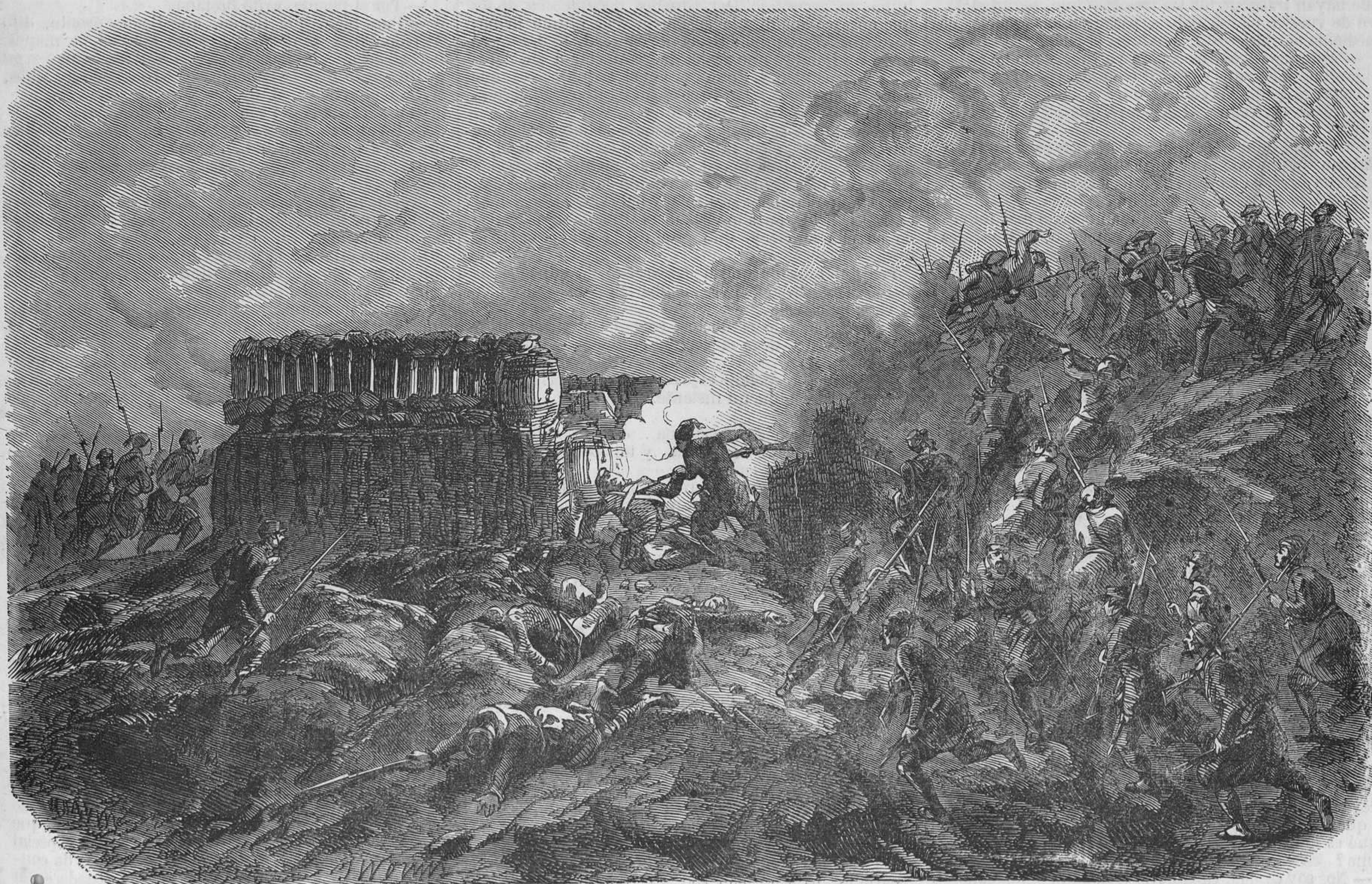
— En realidad temo que eso no pueda modificar sus opiniones, M. Alfredo, dijo Snitchey.

— Los combatientes se muestran bien fogosos y encarnizados en esta batalla de la vida. ¡Cuántos son heridos por la espalda! ¡cuántos perecen mordiéndose el polvo! En suma, es una cosa miserable.

— Sin embargo, M. Snitchey, repuso Alfredo, hay luchas y victorias pacíficas, grandes sacrificios de si propio, nobles actos de heroísmo, y aun á veces en las ligerezas y las contradicciones aparentes del mundo, y estas grandes cosas no son ménos difíciles de ejecutar porque no tengan testigos ni cronistas terrestres. Tienen por teatros cotidianos retiros desconocidos, interiores modestos y oscuros, en fin, corazones de hombres y de mujeres, de los cuales solo uno bastaria para reconciliar al mayor misántropo con el mundo.

Las dos hermanas escuchaban atentas.

— Bien, bien, dijo el doctor, yo tengo demasiados

Toma de la emboscada rusa del bastion del Mat, por los exploradores voluntarios, en la noche del 29 al 30 de diciembre. (Véase la correspondencia de *Sebas. 2.ª* ci).

años para dejarme convertir, ni aun por mi amigo Snitchey, ó por mi buena hermana, la anciana y solterona Marta Jeddler que tuvo en otro tiempo sus penas de corazon y que como es mujer, es todavía ménos razonable y mas terca. Yo he nacido en este campo de batalla, y desde mi infancia me acostumbré á volver mi pensamiento hácia la historia real de un campo de batalla. Sesenta años han pasado por mí, y siempre he visto al mundo dominado por su pasion de los combates. Las mismas contradicciones prevalecen en todas las cosas, y como es preciso llorar ó reir en presencia de tan monstruosos contrastes, prefiero reirme.

Bretaña que habia mostrado una atencion profunda y melancólica á cada orador que habia usado de la palabra, pareció decidirse de repente en favor de la opinion del doctor, si el gruñido sordo y lúgubre que se escapó de su garganta podia pasar por una expresion de simpatía. Sin embargo, su rostro permaneció tan indiferente ántes y despues de la explosion, que aunque dos ó tres convidados quisieron indagar de donde provenia aquel ruido misterioso, nadie sospechó que era procedente de Bretaña.

Sin embargo, Clemency Newcome lo conoció, y le preguntó en voz baja y con enfado, de qué se reia.

— No es por cierto de vuestra persona, dijo Bretaña.

— ¿Pues de quién?

— De la humanidad, contestó Bretaña.

— ¡Vaya una broma! Con el amo por un lado y los abogados por otro, se va poniendo mas tonto cada dia, dijo Clemency aplicando á Bretaña un buen codazo á guisa de estimulante. ¿Quereis que os echen de aquí?

— No sé nada, dijo Bretaña, con un ojo de plomo y un rostro inmóvil; yo nada pido, nada comprendo, nada creo, ni nada necesito.

Bien que esta exposicion de su condicion general fuese exagerada por causa de un acceso de desaliento, Benjamin Bretaña habia definido su situacion real con mas exactitud de lo que habria podido suponerse. A fuerza de oír repetir los innumerables argumentos dirigidos por el doctor á diferentes personas para probar que su propia existencia era cuando mas un error ó un absurdo, aquel infortunado habia caido en un abismo tal de sugerencias confusas y contradictorias, procedentes de dentro y de fuera, que se perdía en una confusion profunda. El único punto que comprendia claramente era que el nuevo elemento introducido en aquellas discusiones por Snitchey y Craggs no serviría jamás para aclararlas, y que siempre parecia dar al doctor cierta ventaja. Por eso atribuía en gran parte á los dos amigos el estado de su espíritu y los despreciaaba soberanamente.

— Pero eso poco nos importa, Alfredo, dijo el doctor; yo ceso desde hoy de ser vuestro tutor, y despues de haberos comunicado cuanta instruccion os podia comunicar la escuela vecina, con lo demás que han añadido vuestros estudios en Lóndres, nos dejais hoy para entrar en el mundo. Ahora estais ya libre, y ántes de que hayan transcurrido los tres años que, segun el deseo de vuestro padre, debeis pasar en las escuelas de medicina extranjeras, nos habréis olvidado.

— Antes de olvidaros... pero ya sabeis que no os olvidaré, de modo que es inútil trate de persuadirlos de lo contrario, dijo Alfredo riendo.

— No lo sé, repuso el doctor; ¿qué piensas de ello, María?

Sin dejar de jugar con su taza, María pareció decir, pero no lo dijo, que le permitia olvidar, si podia.

Gracia estrechó contra sus labios las mejillas encarnadas de su hermana, y soltó una sonrisa.

— Se me figura que no he desempeñado mal mi cometido, prosiguió el doctor; sin embargo, mis poderes fenecen hoy mismo, y aquí están nuestros buenos amigos Snitchey y Craggs que han traído un saco lleno de papeles para el arreglo de cuentas y otras zarandajas de esta especie; vais á firmar y á cargar con todo eso.

— Para proceder en presencia de testigos como la ley lo manda, dijo Snitchey apartando su plato y sacando los papeles que su socio extendió sobre la mesa, como Craggs y yo hemos sido curadores para la administracion del capital, necesitaremos que dos de vuestros criados firmen los documentos... ¿Sabeis leer, mistress Newcome?

— No soy casada, respondió Clemency.

— ¡Oh! disimuladme; no me extraña, murmuró Snitchey; ¿sabeis leer?

— Un poco, dijo Clemency.

— ¿En el libro del matrimonio? preguntó el abogado malicioso.

— No, dijo Clemency; es muy difícil; no puedo leer mas que en mi dedal de la costura.

— ¡Leer en un dedal! repitió Snitchey; ¿qué estais diciendo?

Clemency meneó la cabeza.

— Y en una cáscara de nuez, repuso la criada.

— ¡Esta mujer está loca! dijo Snitchey mirando fijamente á Clemency.

Sin embargo, Gracia se interpuso y explicó que en los objetos en cuestion se hallaban grabados unos letreros que componian la biblioteca portátil de Clemency Newcome, mujer poco letrada.

— ¡Ah! de ese modo se explica el enigma, dijo Snitchey riendo; yo tomaba á Clemency por una idiota; y es que de veras lo parece, murmuró; pero decidme, ¿qué es lo que leéis en vuestro dedal, mistress Newcome?

— No soy casada, caballero, respondió Clemency.

— Corriente; ¿qué leéis pues en vuestro dedal, Newcome?

Antes de responder á esta pregunta, Clemency abrió un bolsillo en cuyo fondo penetraron sus miradas sin poder hallar el dedal que no estaba allí; entónces se metió la mano en otro bolsillo del que sacó un pañuelo, un cabo de vela, una naranja arrugada, un penique, un alfilerero, tijeras, ovillos de algodón y otra porcion de objetos que sucesivamente iba dando á Bretaña.

Por último mostró con aire triunfante la cáscara de nuez y el dedal.

— Veamos lo que dice el dedal, exclamó Snitchey.

— Dice, respondió Clemency leyendo lentamente al rededor del objeto en cuestion, dice: Ol-vi-dad y per-do-nad.

Snitchey y Craggs soltaron un par de carcajadas.

— ¿Habeis oido? dijo Snitchey.

— ¡Qué máxima tan fácil! repuso Craggs.

— ¡Qué bien pinta la naturaleza humana! dijo Snitchey.

— ¡Qué bien se aplica á los negocios de la vida! añadió Craggs.

— ¿Y qué dice la nuez?

— La nuez dice esto, contestó Clemency: Haz á los otros lo que quieras que te hagan á tí.

— Habeis querido decir: Haz á los otros lo que no quieras que te hagan á tí, exclamó Snitchey.

— No comprendo, contestó Clemency meneando la cabeza; yo no he estudiado abogacia.

— Pues si la hubiera estudiado doctor, dijo Snitchey volviéndose hácia su amigo como para prevenir las consecuencias posibles de esa réplica; si la hubiera estudiado, temo que comprenderia.

— Sin ninguna duda, contestó Craggs cayendo en la cuenta, con su malicia de costumbre.

— Y ahora, repuso Snitchey examinando los papeles, si M. Bretaña quiere darnos un poco de tinta, firmaremos los documentos cuanto mas ántes para que no nos coja desprevenidos la llegada del coche.

A juzgar por las apariencias, el coche habria tenido tiempo de pasar cien veces, pues Bretaña permanecia sumergido en sus reflexiones y se preguntaba mentalmente lo que debia pensar de los abogados, de la cáscara de nuez y del dedal, mezclándose todo esto en su cerebro con una confusion que daba lástima.

Afortunadamente Clemency, que era el ángel bueno de Bretaña, bien que este la considerase como un sér totalmente desprovisto de inteligencia, Clemency siempre dispuesta á prestar servicios útiles, trajo un tintero y le hizo á Bretaña un gran favor llamándole á sí mismo, á beneficio de un codazo que le dió en las costillas.

Bretaña se hallaba perplejo con la idea de estampar su nombre sobre unos papeles importantes en que se trataba de cuantiosas sumas. Por eso el doctor se vió obligado como á violentarle para que diera su firma, lo que no hizo, sin embargo, sino despues de que le hubieron permitido leer aquellos documentos, de los que no sacó maldita la sustancia. Por último firmó; pero una vez cumplida esta formalidad, se desesperó como un hombre que acaba de renunciar á sus derechos y á sus bienes. Entónces aquel saquillo azul que contenia su firma tomó á sus ojos un interés misterioso que le preocupó en extremo.

En cuanto á Clemency Newcome se habia echado á reir pensando en su importancia y en su dignidad, y despues poniéndose de codos en la mesa, principió á mirar con ojos atónitos todo cuanto la rodeaba. A su vez estampó tambien su firma, y habria deseado firmar en mil papeles, pues la vista de la tinta habia producido en ella el efecto que produce la sangre sobre el tigre.

Por fin el doctor quedó descargado de sus cuentas de tutela, y Alfredo se vió en libertad para emprender el viaje de la vida.

— Bretaña, dijo el doctor, corred á la puerta de la casa para ver si llega el coche; el tiempo vuela, Alfredo.

— ¡Si señor, respondió el jóven con presteza. Querida Gracia, escuchadme un instante...

— Alfredo...

— Os confío vuestra hermana... esa jóven tan bella, tan seductora y tan admirable, y tan cara á mi corazon sobre todas las cosas.

— Siempre la he considerado como un depósito sagrado, Alfredo, pero ahora me será doblemente precioso, y cumpliré fielmente mi promesa... creedme.

— Os creo, Gracia. ¿Y cómo no creeros al contemplar vuestro rostro y vuestra voz sincera? ¡Ah! Gracia, si yo tuviera vuestro corazon firme y recto, vuestro ánimo sereno, ¡con cuánto valor dejaria hoy esta casa!

— ¿De veras? dijo la jóven con una apacible sonrisa.

— Y sin embargo, Gracia... hermana mia, deberia decir.

— Llamadme pues vuestra hermana, interrumpió Gracia; muy dulce es para mí ese título.

— Pues bien, hermana mia, dijo Alfredo, yo enviaba vuestras virtudes, pero mas vale que estén en vos, pues así nos servirán á entrambos, nos harán mejores y mas dichosos. Y no obstante esas virtudes me habrian sido de mucha utilidad para sostener mi valor.

— El coche en lo alto de la colina, gritó Bretaña.

— El tiempo vuela, Alfredo, dijo el doctor.

María estaba á un lado con los ojos bajos, pero al

oír el grito de Bretaña, Alfredo se acercó á ella y la condujo tiernamente á los brazos de su hermana.

— Estaba diciendo á Gracia, querida María, que la confiaba mi querido tesoro; cuando vuelva para pedirnos mi amor, y que tengamos delante la brillante perspectiva de nuestra union, uno de nuestros mejores goces será el ocuparnos de la felicidad de Gracia, prevenir sus deseos, probarla nuestra tierna gratitud y pagar la deuda que hemos contraído con ella, y cuyos intereses van á aumentarse mucho.

María tenia una mano en la mano de Alfredo y la otra sobre el hombro de su hermana; sus ojos, con una expresion que participaba á la vez de la ternura, de la admiracion, de la pena y de la sorpresa, estaban clavados en los ojos tranquilos, plácidos y alegres de su hermana. Estaba contemplando á aquella hermana como se contempla á un ángel glorioso. Las miradas de Gracia se fijaban en aquella pareja radiante de juventud y de belleza.

— Y cuando venga el tiempo como debe venir un dia, continuó Alfredo (y me pregunto cómo no ha venido aun, pero Gracia lo sabe, ella que no se engaña nunca), cuando necesite un corazon amigo para depositar en él todos sus secretos, y para hallar el apoyo que nos ha prestado, María, ¡qué fieles nos mostraremos, qué gozo será el nuestro al saber que nuestra querida y buena hermana ama y es amada tanto como nosotros lo deseamos!...

La jóven sin embargo no cesaba de mirar á su hermana, sin volver los ojos hácia Alfredo.

— Y cuando todo esto haya pasado, cuando seamos viejos, y hablemos de las cosas de otro tiempo, prosiguió el jóven; cuando nos confiemos nuestros pensamientos, nuestras esperanzas y temores... cuando nos acordemos de la hora de nuestra separacion preguntándonos cómo tuvimos fuerzas para pronunciar la palabra ¡adios!...

— El coche atraviesa el bosque, gritó Bretaña.

— Sí, sí, estoy pronto, respondió Alfredo.

Y luego añadió en voz baja dirigiéndose á la jóven:

— Y como nos volvimos á encontrar, y lo dichoso que hemos sido á despecho de todas las cosas, ese dia será para nosotros el mejor de todo el año, y le celebraremos como un triple aniversario... ¿Qué piensas de esto, querida María?

— Sí, se apresuró á decir la hermana mayor con una sonrisa radiante; ¡sí, Alfredo!... pero es tiempo de marchar; decid adios á María, y el cielo os guie.

El jóven estrechó á María entre su corazon; la jóven pasó de los brazos de su prometido á los de su hermana, y fijó de nuevo sus ojos en los ojos serenos, plácidos y alegres de Gracia.

— Adios, hijo mio, dijo el doctor. Hablar de correspondencias, de afectos serios, de juramentos, etc., etc., en semejante... ¡ah! ya sabeis lo que quiero decir... seria un absurdo, ¿no es cierto? Todo cuanto puedo manifestar es que si vos y María continuais en esas locuras, no me negaré á uniros uno de estos dias.

— Por el puente, gritó Bretaña.

— Pues bien, que llegue, que llegue pronto, dijo Alfredo dando al doctor un buen apretón de manos. Pensad en mí algunas veces, mi antiguo amigo y mi guardian, lo mas seriamente que os sea posible. Adios, M. Snitchey, adios, M. Craggs.

— En la bajada del camino, gritó Bretaña.

— Un abrazo, Clemency Newcome, en recuerdo de nuestra antigua amistad... Vuestra mano, Bretaña... María, mi alma, ¡adios! Mi hermana Gracia, ¡acordaos!

Gracia encargó su respuesta á la expresiva y clara mirada que lanzó sobre el jóven; pero María permaneció impasible.

El coche estaba á la puerta. En dos tiempos cargaron los bagajes; el coche continuó su camino, y María conservó su inmovilidad.

— Agita su sombrero para enviarte su postrer adios, amor mio, dijo Gracia; mira, mira al esposo de tu eleccion, querida mia.

La jóven alzó la cabeza y la volvió un instante; despues mirando á su hermana, y encontrándose con su mirada serena y apacible, se echó á su cuello sollozando:

— ¡Oh! Gracia, Dios te bendiga; no puedo volver los ojos á ese lado; esa vista me desgarró el corazon, me mata.

SEGUNDA PARTE.

Snitchey y Craggs ocupaban sobre el antiguo campo de batalla un buen *despachito*, donde hacian buenos negocios, y sostenian combates en regla por un crecido número de personas en litigio. Unas veces atacaban á este, otras veces almorzaban con aquel, lo que no les impedia de cuando en cuando ligeras escaramuzas con un cuerpo irregular de algunos deudores. *La Gaceta* representaba un gran papel en sus negocios y en la mayor parte de sus combates, donde mandaban como jefes, se encontraban siempre envueltos por los densos torbellinos de humo que les estorbaban distinguir sus amigos de sus enemigos.

El *despacho* de los señores Snitchey y Craggs estaba situado oportunamente en la plaza del mercado, de modo que todo arrendatario descontento solo tenia que andar un paso para penetrar en él. La cámara especial del consejo que servía al propio tiempo de sala de conferencia, era una antigua pieza interior situada en el

piso bajo; el techo bajo y negro de este cuarto parecia fruncir las cejas reflexionando en las dificultades incomprendibles de la ley.

La pieza en cuestion poseia, respecto á muebles, unos cuantos sillones de respaldo alto y cubiertos de cuero. Estos sillones estaban guarnecidos de gruesos clavos de cobre, y de distancia en distancia faltaban dos ó tres caidos por su vejez, ó bien arrancados por los dedos de clientes distraidos. Veíase colgado en la pared el retrato de un juez célebre, adornado con una peluca terrible, de la que cada rizo habia infundido el espanto en el alma de un litigante. Montones de papeles obstruian los mugrientos gabinetes y los rayos de luz. En las mesas que se hallaban á lo largo de los artesanos habia unas cajas con candados sobre los cuales estaban grabados los nombres de los clientes; pero como estos nombres se hallaban escritos al revés, los curiosos se veian obligados á deletrearlos y á componer con ellos anagramas, mientras aparentaban oír á Snitchey y Craggs cuyas palabras no comprendian.

Snitchey y Craggs tenian así en la vida privada como en la vida pública cada uno su círculo de amigos. Snitchey y Craggs eran los mejores amigos del mundo y se dispensaban mutuamente una confianza verdadera, pero mistress Snitchey, por una de esas extravagancias tan comunes en las épocas de la vida, se mostraba sistemáticamente desconfiada respecto de M. Craggs, mientras que por su parte mistress Craggs desconfiaba igualmente de M. Snitchey.

Muchas veces decia mistress Craggs á su marido: — No veo que necesites tanto á los Snitchey; depositas en ellos una confianza completa, y deseo que algun dia no te veas precisado á reconocer la razon que me asiste.

Por su parte mistress Snitchey decia á su marido hablando de Craggs, que si le sobrevenia alguna desgracia seria por culpa de este.

A pesar de esto, existian ordinariamente buenas relaciones entre estas cuatro personas, y las dos mujeres habian contraido una alianza contra el *despacho*, que consideraban como el enemigo comun, tanto mas cuanto que ignoraban los negocios particulares de sus maridos.

Sin embargo, en este *despacho* era donde Snitchey y Craggs trabajaban en su beneficio. Muchas veces en las hermosas noches, los dos socios sentados cerca de la ventana de la cámara del consejo que caia sobre el antiguo campo de batalla, se admiraban de la locura de los hombres que en vez de litigar no piensan sino en la guerra. Por lo regular, estas reflexiones las hacian en la época de sus tribunales extraordinarios, durante la cual la multitud de negocios daba á su imaginacion cierto carácter sentimental.

En este *despacho* habian pasado sobre ellos los dias, las semanas, los meses y los años. Allí era donde se encontraba su calendario, los sillones con clavos de cobre y los legajos de papeles amontonados sobre las mesas; allí tres años aproximadamente transcurridos desde el almuerzo en el verjel, habian hecho enflaquecer al uno, y dado al otro una obesidad insolente: en esta época era cuando estaban sentados una noche en consulta en la cámara del consejo.

No se hallaban solos. Juntamente con ellos estaba un hombre de treinta años de edad, vestido con descuido y en cuya fisonomia se notaba una expresion inquieta. Por lo demás, era bien configurado y sus facciones no dejaban de ser distinguidas. Este hombre sentado en la poltrona de M. Snitchey con una mano en el pecho y la otra en sus desordenados cabellos, estaba sumergido en profundas meditaciones.

Snitchey y Craggs se hallaban sentados uno en frente de otro cerca de un pupitre inmediato sobre el cual se hallaba una caja abierta. Parte del contenido de esta caja estaba diseminado sobre la mesa, y lo restante de los documentos se hallaba en aquel instante entre las manos de M. Snitchey, quien despues que los aproximaba uno por uno á la luz, los pasaba moviendo la cabeza á M. Craggs, quien los examinaba y movia tambien la cabeza. De vez en cuando hacian una pausa, y moviendo simultáneamente la cabeza dirigian los ojos á su cliente. Sobre la caja se leia este nombre: Miguel Warden *esquire*; de donde podemos inferir que este nombre pertenecia al cliente en cuestion, y que sus negocios se encontraban en muy mal estado.

— Esto es todo, dijo M. Snitchey tomando el último documento. En verdad no queda otro recurso.

— ¿Así todo está perdido, gastado, disipado, empeñado, vendido? preguntó el cliente alzando los ojos.

— Todo, respondió M. Snitchey.

— ¿Y decís que nada se puede hacer?

— Nada absolutamente.

El cliente se mordió las uñas y continuó el curso de sus meditaciones.

— ¿Y tambien mi seguridad personal está comprometida en Inglaterra?

— Sí por cierto, contestó M. Snitchey.

— ¡Arruinado á treinta años! ¡Dios mio!

— No estais arruinado M. Warden, dijo Snitchey; la situacion no se halla determinada hasta ese punto. Habéis marchado de prisa á vuestra ruina, debo confesarlo, pero con un poco de prudencia y tino... con una administracion severa...

— Vaya todo al diablo, interrumpió M. Warden.

— M. Craggs, ¿me haceis el favor de darme un polvo?... Gracias, caballero.

● En tanto que el impertinente abogado tomaba el rapé, con el aire de un hombre que saborea un goce que

le roba toda su atencion, el cliente logró simular una sonrisa, y alzando los ojos exclamó:

— ¿Habeis hablado de una administracion severa; ¿cuánto tiempo podria durar eso?

— ¿Cuánto tiempo? repitió Snitchey sacudiendo los granitos de tabaco que se le habian quedado en los dedos, mientras se entregaba á un cálculo muy lento; para rescatar vuestra hacienda empeñada, poniendola en buenas manos... verbigracia en las manos de S. y C., se necesitarian seis ó siete años.

— ¡Morirse de hambre durante seis ó siete años! dijo el cliente con una sonrisa convulsiva y unas contorsiones espantosas.

— Morirse de hambre, en seis ó siete años, seria efectivamente una cosa extraordinaria, dijo Snitchey; si eso sucediera, durante el tiempo en cuestion podriais ganar otra hacienda con solo mostraros en público; pero no hallamos asequible el expediente, y por eso no os aconsejamos nada.

Sin embargo, Snitchey repuso al punto:

— Es preciso poner en buenas manos la administracion de vuestros bienes, os lo repito; si nos dais este encargo á Craggs y á mí, podrán restablecerse vuestros negocios; pero para ayudarnos á hacer los arreglos, y para que no podais servir de obstáculo á nada, tendréis que irós á vivir al extranjero. En cuanto á morir de hambre, desde los primeros tiempos podriamos asegurarnos algunos centenares de libras para ir matando el hambre.

— ¡Algunos centenares de libras, á mí que las he gastado por millares!

— Eso es verdad, replicó M. Snitchey volviendo á colocar lentamente los papeles en la caja, no puedo negarlo... Sí, es mucha verdad, añadió continuando *in petto* sus cálculos.

Es de creer que el abogado conocia á su cliente á las mil maravillas. En todo caso, sus maneras secas y frias influian favorablemente sobre las malas disposiciones de este, y le preparaban á mostrarse mas tratable. Quizá el cliente conocia tambien á su abogado, y solo habia rechazado sus primeras ofertas para asegurar mejor el buen éxito del proyecto que iba á revelar.

Alzando poco á poco la cabeza, M. Warden miró á su impasible abogado, con una risita que no tardó en cambiarse en una risa franca.

— Al cabo y al fin, dijo mi obstinado amigo...

M. Snitchey designó con el dedo á M. Craggs.

— Pido mil perdones á M. Craggs, repuso el cliente. Al cabo y al fin, mis obstinados amigos, continuó bajando un poco la voz, no conoceis aun la mitad de mis desastres.

M. Snitchey miró á su cliente con ojos azorados, y M. Craggs hizo lo mismo.

— No solo estoy acribillado de deudas, prosiguió el cliente, sino que estoy perdidamente enamorado...

— ¡Enamorado! exclamó Snitchey.

— Sí, dijo el cliente, arrellanándose en su sillón y mirando á los dos socios; locamente enamorado.

— ¿Y no es de una heredera? preguntó Snitchey.

— ¡Ni siquiera de una mujer que tenga algo?

— La mujer que yo amo no tiene mas que sus virtudes y su hermosura.

— ¿Pero es una viuda, á lo ménos? preguntó M. Snitchey con cierta animacion.

— No por cierto.

— ¿Es quizá una de las hijas del doctor Jeddler?... repuso Snitchey poniéndose los codos sobre las rodillas y alargando desmesuradamente la cabeza.

— Es una de ellas, respondió el cliente.

— ¿La menor?

— La menor justamente.

— M. Craggs, dijo Snitchey muy aliviado de un gran peso, ¿me haceis el favor de darme otro polvo?... Gracias. Me felicito de poder deciros que nada sacaréis, M. Warden; la jóven está ya prometida, mi socio os lo dirá como yo; prometida solemnemente.

— El hecho es cierto, repuso Craggs.

— ¿Y quién os dice que ignore yo esa circunstancia? exclamó tranquilamente el cliente. Pero ¿qué importa? ¿No habeis visto jamás cambiar de resolucion á una mujer?

— Seguramente, y se han entablado pleitos por casos análogos, dijo M. Snitchey, contra viudas y contra solteronas viejas; pero la mayor parte del tiempo...

— Está bien, está bien, interrumpió el cliente con impaciencia. Todo lo que yo puedo deciros es que no he pasado seis semanas en vano en casa del doctor.

— Pues yo opino, dijo Snitchey volviéndose á su socio, que de todas las malas pasadas que los caballos de M. Warden le han jugado, en un tiempo ú otro, si M. Warden persiste en sus ideas, la peor de todas será aquella de que fué víctima el dia en que su caballo le dejó á la puerta del doctor con tres costillas hendidas.

En la época en que M. Warden estaba en via de cura no hicimos alto en esto, gracias á los buenos cuidados del doctor; pero hoy el peligro es mas grave, gravísimo; el doctor Jeddler es tambien nuestro cliente, M. Craggs.

— Y M. Alfredo Heathfield tambien, en cierto modo, es un cliente, M. Snitchey, dijo Craggs.

M. Miguel Warden es asimismo un cliente, dijo el individuo en cuestion, y no de los peores, pues se ha entretenido en hacer locuras durante diez ó doce años; sin embargo, ahora tiene la intencion de corregirse, y para probarlo, M. Miguel Warden quiere casarse, si puede, con María, la hija del doctor, para llevársela en su compañía.

— ¿De veras, caballero?...

— Muy de veras, señores míos, contestó M. Miguel Warden; por lo demás, ya conoceis vuestros deberes respecto de vuestros clientes, y sabeis muy bien que estos deberes no os obligan á intervenir en el simple asunto de amor que me veo reducido á confiaros. Yo no robaré á la jóven sin su consentimiento; no haré nada de ilegal, y además, nunca he sido el amigo íntimo de M. Heathfield, de modo que no hago traicion á su confianza; amo á la mujer que él ama, y si puedo la obtendré.

— No lo lograré, M. Craggs, dijo Snitchey, que visiblemente se hallaba inquieto y alarmado.

— No, porque ella adora á M. Alfredo.

— ¡Ah! exclamó el cliente.

— Sí, señor, le adora, persistió Snitchey.

— No en vano he pasado seis semanas en casa del doctor hace algunos meses, repuso el cliente; en efecto María le habria adorado si su hermana hubiera podido preparar el negocio, pero yo he estado bien alerta. María evitaba pronunciar el nombre de Alfredo, y padecia á la menor alusion sobre ese amor.

— ¿Y porqué habia de padecer, M. Craggs, porqué? preguntó Snitchey.

— Ignoro porqué, aunque conozco una multitud de razones verosímiles, dijo el cliente con una sonrisa de satisfaccion provocada por la duda de M. Snitchey, y por las astucias que este empleaba para continuar indirectamente una conversacion que le interesaba en alto grado.

— Ignoro porqué, repitió, pero es así. María era muy jóven en la época en que contrajo ese compromiso, si es que puedo emplear esta expresion, y quizá está ya arrepentida. Acaso parecerá que hay algo de fatuidad en mis palabras, pero á fe mia que hablo seriamente: quizá corresponde á mi pasion.

— ¡Ja, ja, ja! os acordaréis, M. Craggs, dijo Snitchey fingiendo una risita, que M. Alfredo conoce á María desde su infancia.

— Y eso es lo que hace mas probables los sentimientos que á mi juicio la dominan, prosiguió con calma M. Warden. La creo pues bien dispuesta para amar á un nuevo adorador que se presente ó que sea presentado por su caballo en medio de circunstancias novelescas sobre todo; no tomeis á mal que haga mi elogio, sobre todo si la persona del jóven tiene bastante mérito para eclipsar al mismo M. Alfredo.

Difícil era contradecir esta última observacion, y M. Snitchey lo comprendió perfectamente. Habia, en efecto, algo de amable y gracioso por naturaleza hasta en los modales indolentes del jóven, y se adivinaba que á poco que las circunstancias le ayudasen debia agradar fácilmente.

— ¡Peligrosa especie de libertino! pensó el malicioso abogado.

— Por lo demás, observaréis, M. Snitchey, continuó el cliente levantándose y tirando á este por un boton, y vos tambien, M. Craggs, añadió tirando tambien á este otro de la misma manera, y colocándose entre ambos, observaréis y tendréis muy presente que no os pido ningun consejo. Hacedis muy bien en separaros completamente de las partes interesadas en un negocio que no incumbe á hombres tan graves como vosotros. Voy á exponeros brevemente mi posicion y mis proyectos, y despues os dejaré el cuidado de tratar con las mayores ventajas posibles mis intereses pecuniarios, tanto mas cuanto que si me voy con la hija encantadora del doctor Jeddler, lo que pienso hacer, mi viaje será mas dispendioso. Pero esta cuestion es poco importante, pues muy luego, gracias á la influencia de la amable María, reformaré mi vida completamente.

— Creo, M. Craggs, dijo Snitchey, que no debemos seguir oyendo á M. Warden.

— Pienso lo mismo, respondió el socio. Sin embargo ambos escuchaban atentamente.

(Se continuará.)

Sebastopol.

Desde hace dos dias estamos bajo la nieve lo que no alegra mucho el aspecto de los campos y de las baterias. Por fortuna hace hoy un sol muy hermoso y se nota bastante animacion por todas partes. — Las baterias están ya terminadas; las trincheras prolongadas hasta la Cuarentena, desembocan en el fondo de la bahía del Lazareto, encerrando en nuestras líneas el fuerte Genovés, la ermita de S. Wladimir y el Lazareto, hoy casi destruido por nuestros soldados para sacar leña, y por las balas de cañon de los rusos.

Concluidas estas obras se principian otras mas accesorias, como caminos de comunicacion, canales etc.; en fin, parece que por nuestra parte todo está dispuesto, pero los ingleses no se han despachado como nosotros, y por esta razon no puede romperse ya el fuego. Los rusos continúan tirando de dia y de noche, pero sin causarnos grandes pérdidas.

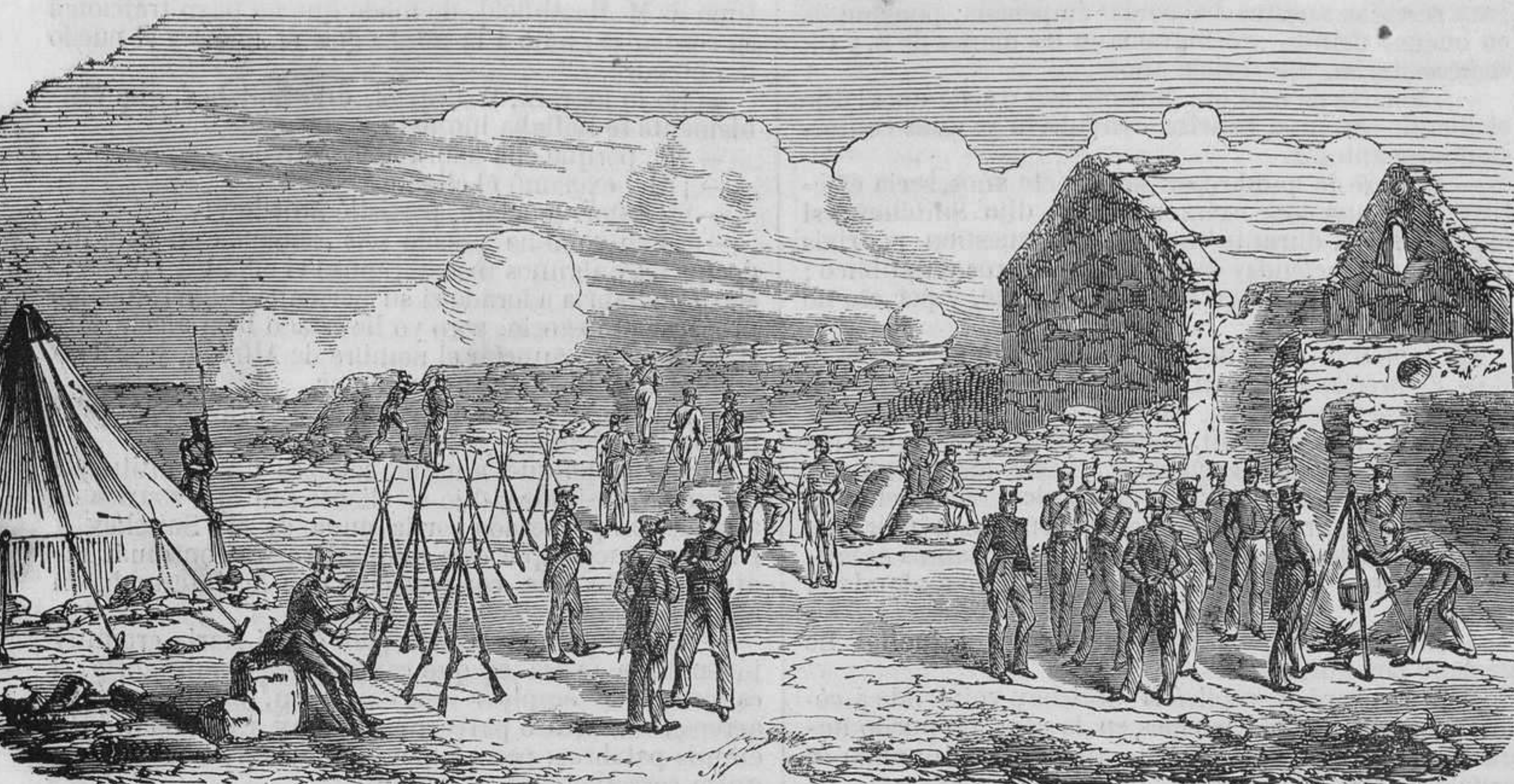
Las compañías de tiradores exploradores continúan su peligroso servicio; es imposible ver soldados mas valientes, y no hablo de los oficiales, pues para mandar á tales hombres se necesita una bizarría á toda prueba. En mi última carta dije á Vds. que nuestros tiradores habian sorprendido varias emboscadas rusas que he podido dibujar, y cuya construccion no carece de originalidad como verán Vds.

El ejército de observación ha practicado algunos reconocimientos importantes; uno de ellos se componía de seis batallones de infantería, diez y siete escuadrones de caballería, cazadores de Africa y dragones, y doce piezas de artillería. Esta columna llegó hasta unos treinta kilómetros de Balaklava, cargando sobre la re-

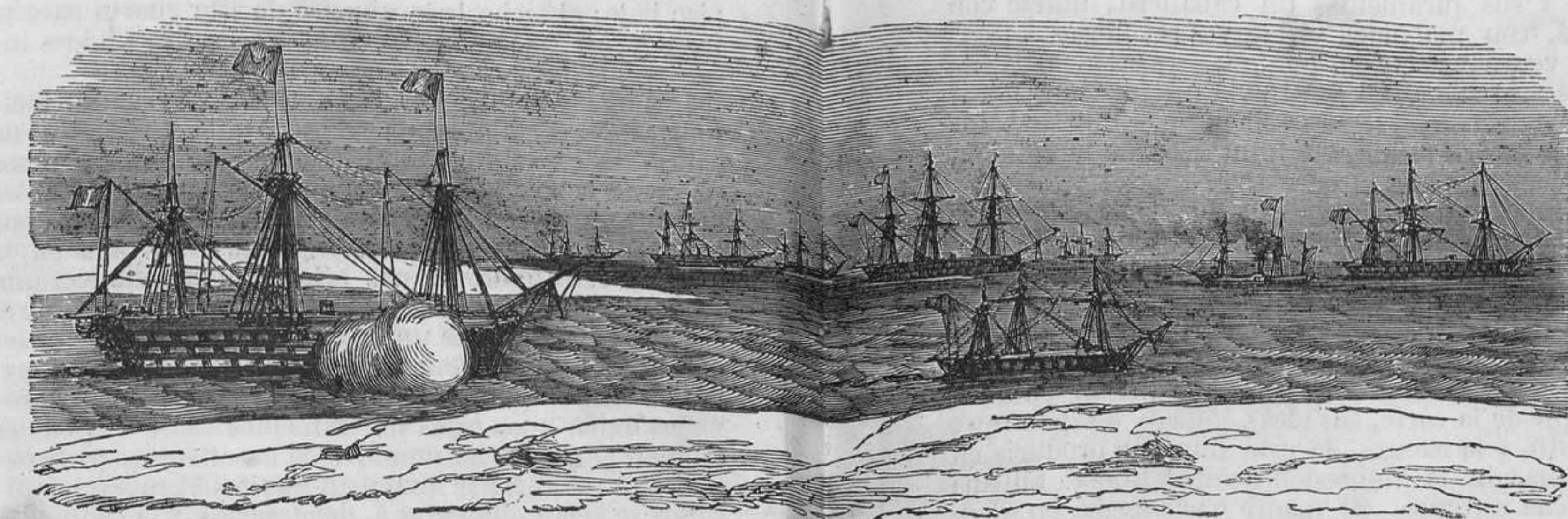
taguardia de los rusos. Se quemó una aldea y un acantonamiento de trescientos caballos. Hubo una escaramuza bastante animada; los cosacos regulares sufrieron la carga de un escuadrón de cazadores pero fueron derrotados, dejando unos veinte muertos y algunos prisioneros; como llegó infantería en su socorro, la ar-

hace que el frío parezca mas intenso; esta mañana hacia cuatro grados bajo cero, pero hoy el termómetro ha subido á tres grados sobre cero.
Los soldados han recibido otra remesa de gorros turcos que les son muy cómodos para por la noche.
El día de año nuevo el general Canrobert pasó una

revista y distribuyó cruces y medallas; bien habria querido yo asistir para enviar á Vds. algunos dibujos, pero me hallaba en aquel momento en las trincheras ignorando lo que pasaba.
Omer-bajá llegó ayer; despues de haber visto al almirante Bruat, se volvió á Balaklava, de donde irá sin



El Observatorio inglés.



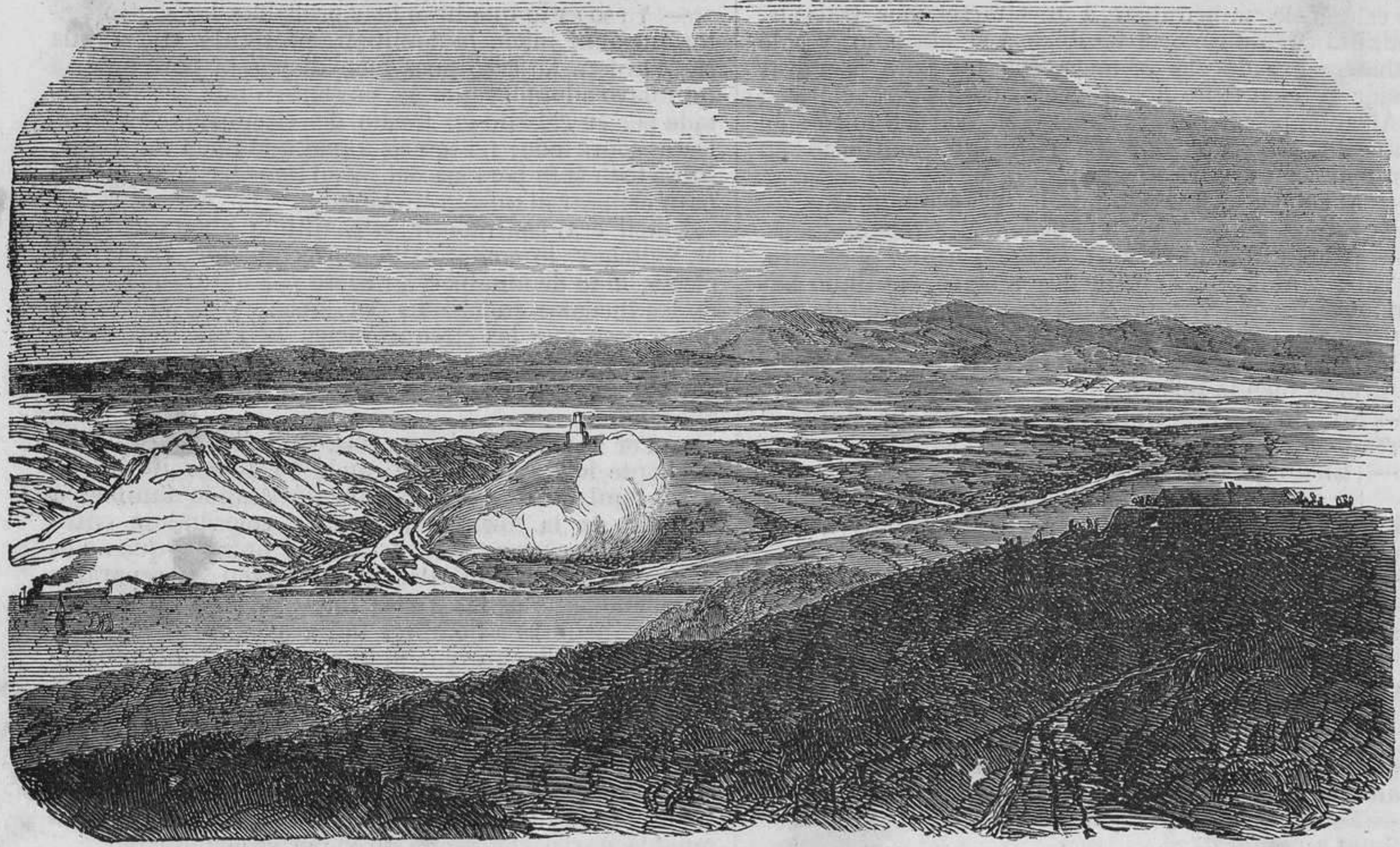
Llegada de Omer-bajá á Kamish, á bordo de un vapor inglés.



Barranco de la Artillería, á la izquierda de la altura donde está la ciudad de Sebastopol propiamente dicha.



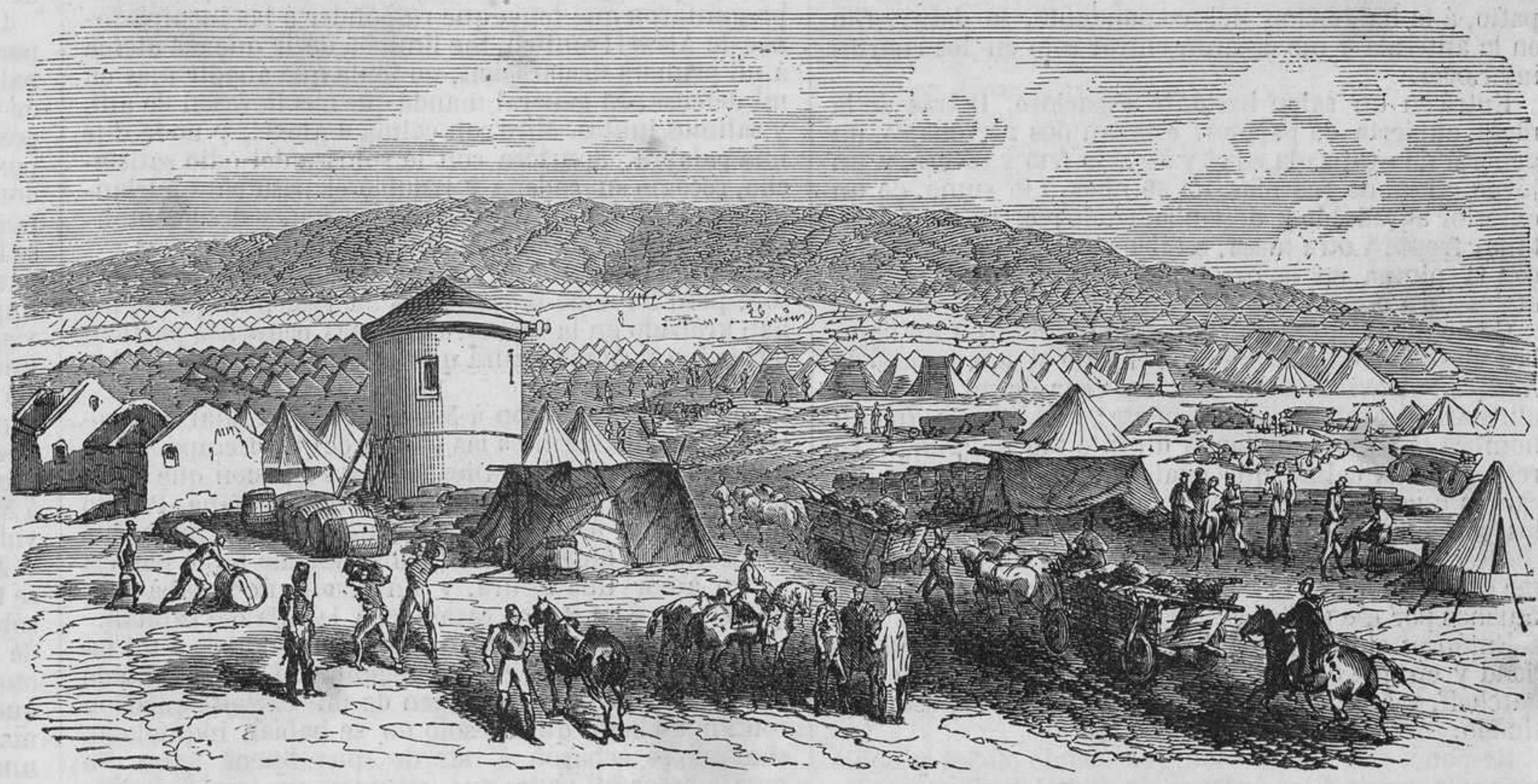
Aldea de Camaro, sobre la derecha de Balaklava.



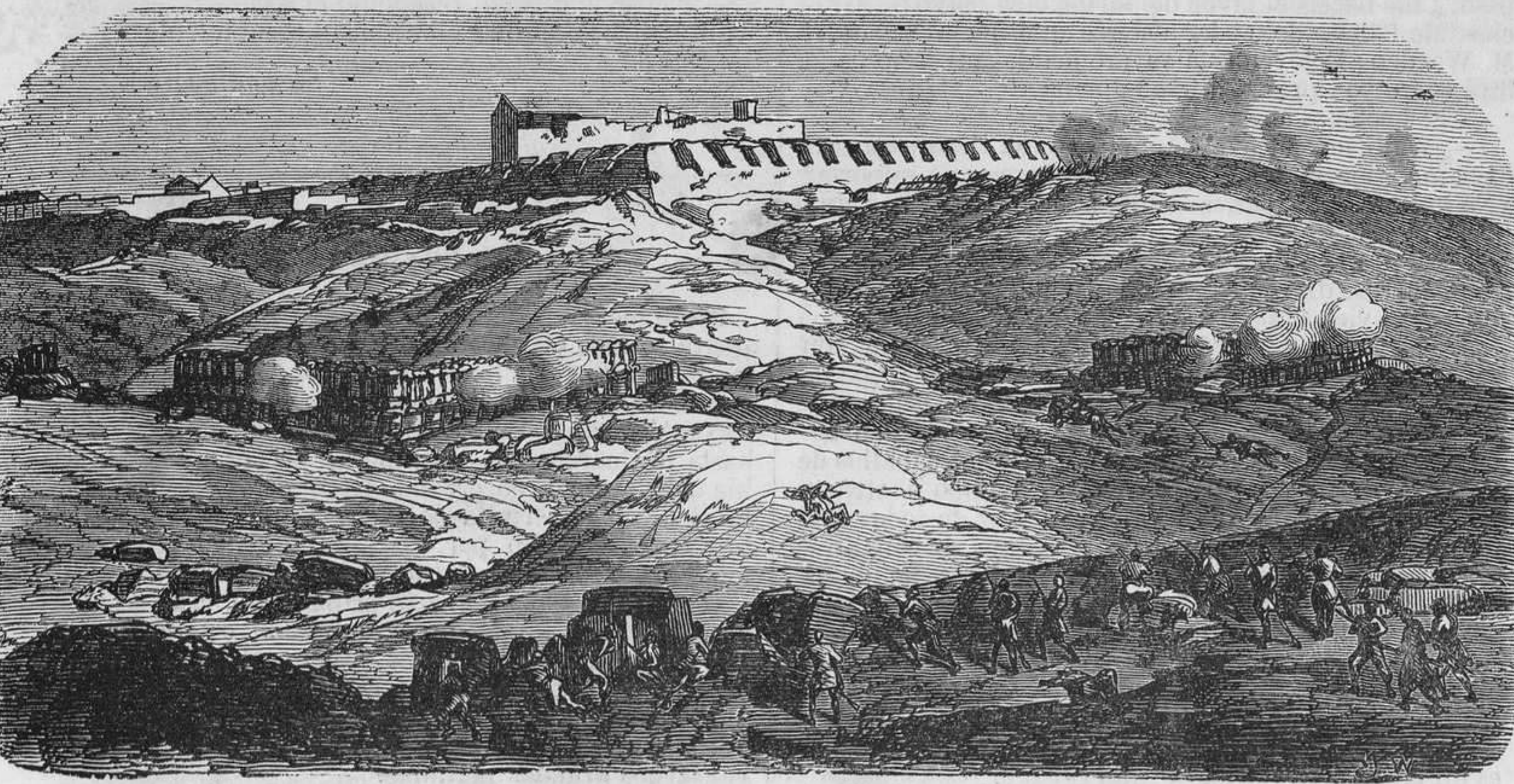
Bateria del Faro, en el fondo de la bahía de Sebastopol.



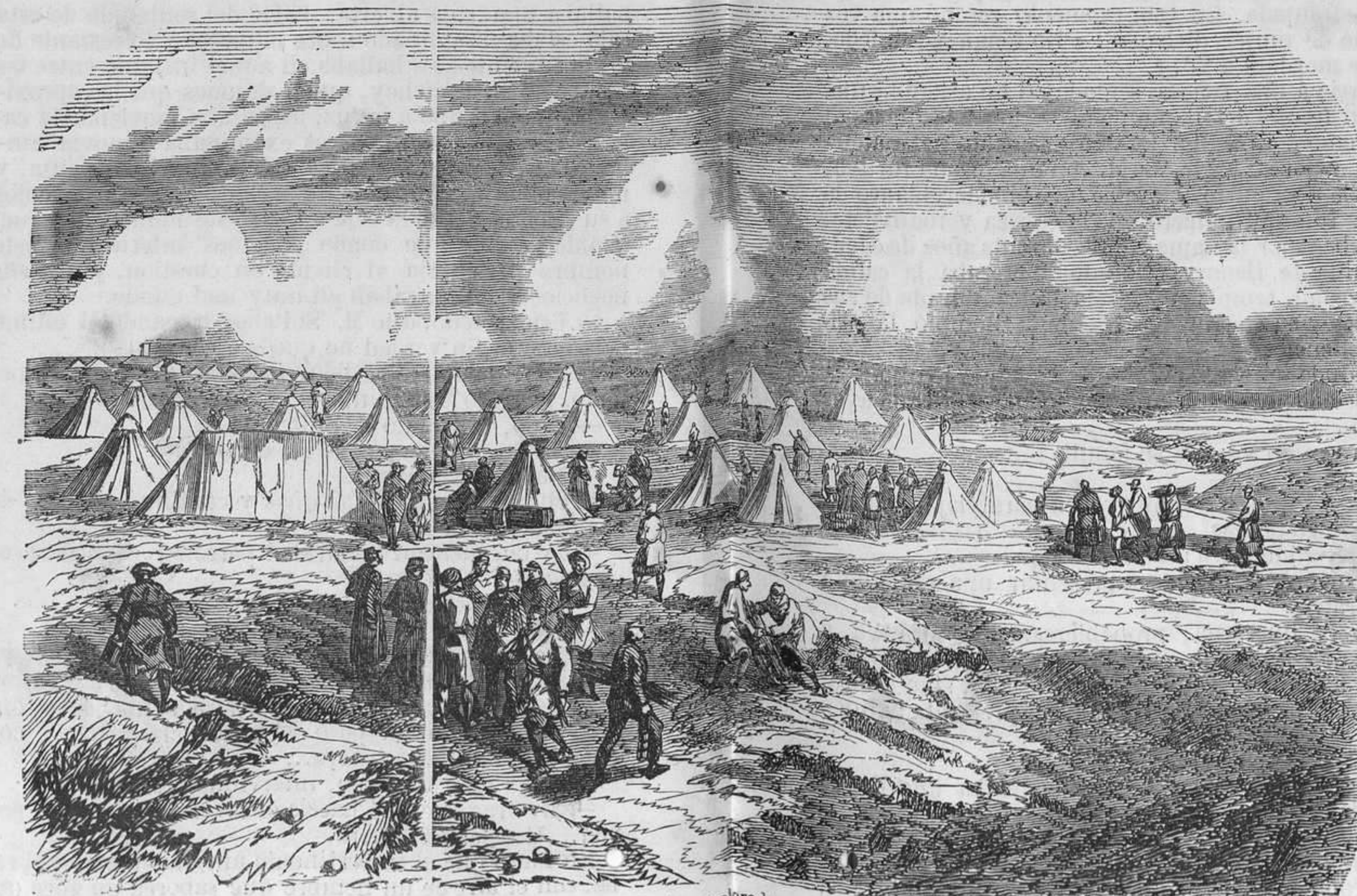
Las casas de los campos.



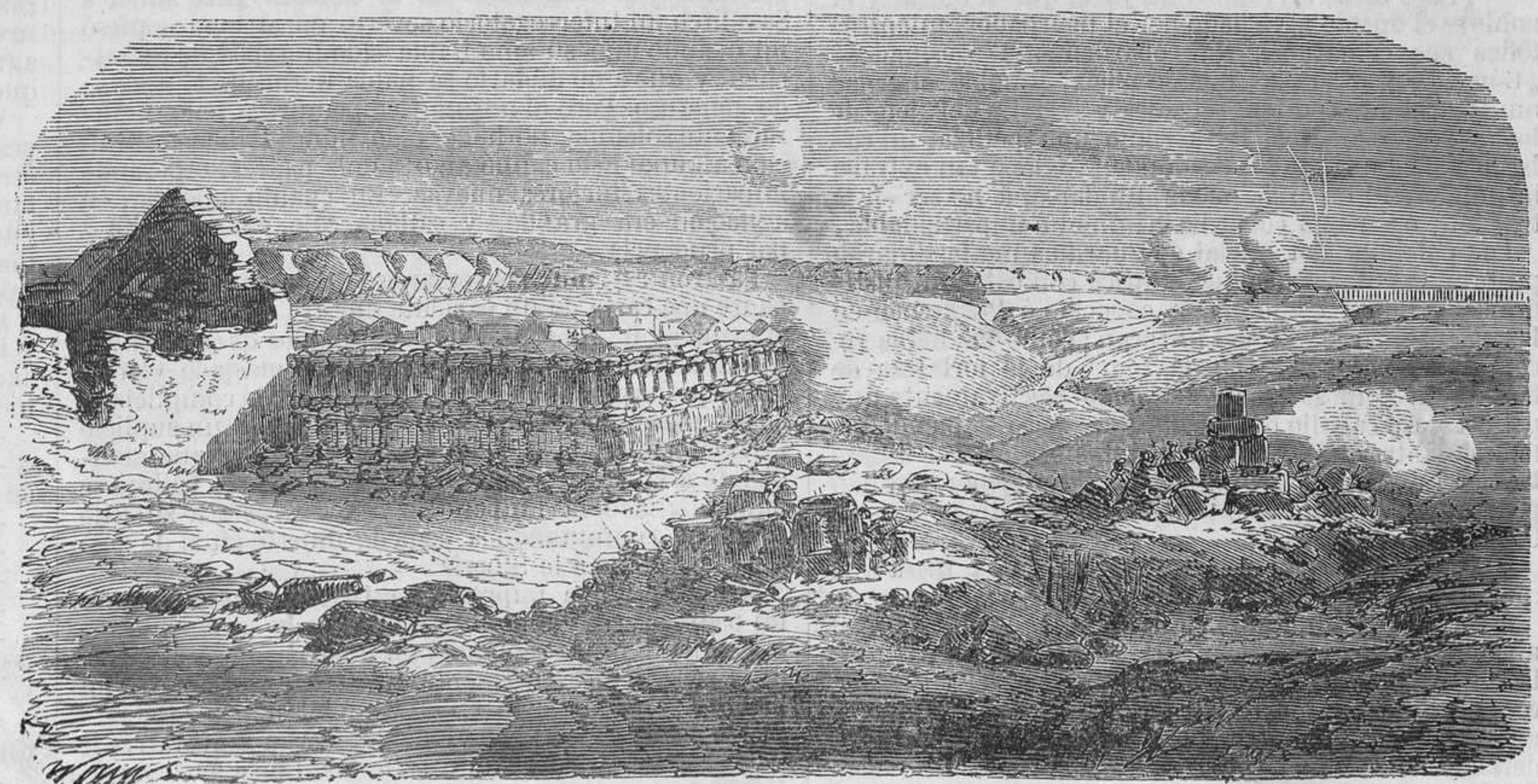
El molino inglés, delante de la meseta de Inkermann.



Emboscada rusa del bastion de la Torre, tomada por los exploradores voluntarios.



Campamento de los exploradores voluntarios.



Emboscada rusa de la Cuarentena, tomada por los exploradores voluntarios.

illería rompió un fuego de metralla sobre toda aquella tropa que se dispersó hacia Sinteropol y hacia las posiciones rusas de Inkermann.
Pienso enviar á Vds. por el próximo correo algunos dibujos de este hermoso reconocimiento. Por la tarde todos los soldados volvieron cargados de leña, pero los

caballos vinieron muy cansados por causa del mal estado de los caminos.
Siguen llegando refuerzos, y se esperan con impaciencia en punto á material, las barracas de madera anunciadas; las tiendas son un poco ligeras para el tiempo que hace, y la falta de leña que se experimenta,

duda á conferenciar con los generales aliados. Parece que no ha podido permanecer en Kamish por falta de habitacion conveniente, mientras que en Balaklava ocupará la antigua casa del mariscal de St.-Arnaud.
Como ya dije á Vds. en mi última, abandonaré por algunos dias Sebastopol, donde no se cree ocurra nada

importante, y pienso salir pasado mañana para Eupatoria, punto que será teatro de grandes sucesos; ya en sus cercanías ha habido algunas acciones notables, y los turcos que están allí van á verse obligados á rechazar á los cosacos. — Me despido hasta el próximo correo.

LA HIJA DEL CAPITAN.

NOVELA ESCRITA POR ALEJANDRO PUCHKINE.

(Conclusion.)

XIV.

EL JUICIO.

No dudaba yo que la causa de mi arresto era haberme alejado de Orenburgo sin permiso. Podía, pues, disculparme con facilidad, porque no solamente no nos lo habían prohibido, sino que nos animaban á hacer salidas contra el enemigo. Por otra parte, se podían probar con una multitud de testigos mis relaciones de amistad con Pugatcheff, y parecerían cuando ménos sospechosas. Durante el tránsito iba pensando en el interrogatorio que me harían y en arreglar mentalmente mis respuestas. Me decidí á declarar á los jueces la verdad sin ambages, convencido de que este era el medio más sencillo y seguro para justificarme. Llegué á Kasan, desgraciada ciudad, asolada entonces y casi reducida á cenizas. A lo largo de sus calles, se veían en el lugar de las casas montones de materias calcinadas y paredes sin techo ni ventanas. He ahí el rastro que había dejado Pugatcheff. Fui conducido á la fortaleza que había dejado intacta, y mis guardianes los húsares me dejaron en poder del oficial de guardia. Este llamó á un herrador, quien me puso unos grillos remachándolos en frío. De ahí me llevaron al sitio de la prisión, dejándome solo en un estrecho y sombrío calabozo que no tenía más que cuatro paredes y una pequeña claravoya, guarnecida de barras de hierro.

Semejante comienzo nada bueno presagiaba. Sin embargo, no perdí el valor ni la esperanza. Recurrí al consuelo de todos los que sufren, y después de haber gustado por primera vez la dulzura de una oración, pronunciada por un corazón inocente y lleno de angustia, me dormí apaciblemente, sin pensar en lo que podría sucederme.

Al día siguiente vino el carcelero á despertarme, anunciándome que la comisión me llevaba á su presencia. Dos soldados me condujeron, atravesando un patio, á la habitación del comandante, se detuvieron en la antesala y me dejaron entrar solo en los cuartos interiores.

Entré en un salón bastante espacioso. Detrás de la mesa, cubierta de papeles, estaban dos personajes, un general de avanzada edad y aspecto frío y severo, y un joven oficial de guardias, de 30 años á lo sumo, de un exterior agradable y desembarazado; cerca de la ventana, frente á otra mesa, estaba sentado un secretario, con la pluma en la oreja, encorbado sobre el papel y dispuesto á escribir mi disposición.

Comenzó el interrogatorio. Me preguntaron mi nombre y estado. El general se informó si era yo hijo de Andrés Petrovietch Grineff, y en vista de mi respuesta afirmativa, exclamó severamente: «Es lástima que un hombre tan honrado tenga un hijo tan indigno.» Yo respondí con calma que cualesquiera que fuesen los cargos que resultasen contra mí, esperaba desvanecerlos con una sincera manifestación de la verdad. Esta contestación le desagradó. «Eres un compadre osado, me dijo frunciendo el ceño; pero ya hemos visto otros muchos por ese estilo.»

Entonces el joven oficial me preguntó por qué casualidad y en qué época había entrado al servicio de Pugatcheff, y á qué clase de ocupación me había este destinado.

Respondí con indignación que siendo oficial y noble no podía servir á las órdenes de Pugatcheff, y que no me había encargado ninguna clase de negocios.

— ¿Pues cómo es, replicó mi juez, que el oficial y el noble es el mismo agraciado por el usurpador, mientras todos sus camaradas son cobardemente asesinados? ¿Cómo ha podido este mismo oficial y noble alternar amistosamente con los rebeldes y recibir del jefe de los malvados regalos, tales como una pelliza, un caballo y medio rublo? ¿De dónde proviene tan extraña intimidad, ni en qué puede fundarse, á no ser en la traición, ó en una cobardía criminal é imperdonable?

Las palabras del oficial de guardias me lastimaron profundamente; así es que empecé con calor mi justificación. Conté cómo había conocido á Pugatcheff en las estepas, en medio del huracán; cómo me había reconocido y perdonado en la toma de la fortaleza de Belogorsk. Confesé haber aceptado efectivamente una pelliza y un caballo del usurpador, pero habiendo defendido antes el fuerte contra él mismo hasta el último trance. En fin, invoqué el nombre de mi general, quien podía atestiguar mi celo durante el desastroso sitio de Orenburgo.

El severo anciano tomó de encima de la mesa una carta abierta que se puso á leer en alta voz.

«En contestación á la pregunta de S. E. sobre el abanderado Grineff que debió haber tomado parte en la sublevación y entrado en relaciones con el salteador, cosa prohibida por la ordenanza y contraria á la religión del juramento, debo decir que el expresado abanderado Grineff ha estado de servicio en Orenburgo desde el mes de octubre de 1773 hasta el 24 de febrero del presente año, en que se ausentó de la ciudad, sin que desde entonces haya vuelto á presentarse en la misma. Sin embargo, se dice con referencia á desertores de los enemigos, que se había pasado al campo de Pugatcheff y que había ido en compañía de este á la fortaleza de Belogorsk, donde había estado antes de guarnición. Por otra parte, respecto de su conducta, puedo...»

Aquí interrumpió el general su lectura, diciéndome con dureza:

— Y bien, ¿qué dirás ahora para justificarte? Iba á continuar como había empezado, dispuesto á revelar mis relaciones con María con igual franqueza; pero sentí repentinamente un disgusto invencible en hacer semejante declaración.

Ocurrióseme que si llegaba á nombrarla, la harían comparecer ante la comisión; y la idea de que iba á exponer su nombre á las escandalosas pullas de los malvados que han sufrido interrogatorios, y aun á ponerla en presencia de estos, esta idea horrible me sobrecogió de tal modo, que me turbé, balbucí y concluí por callarme.

Mis jueces, que aparentaban escuchar mis respuestas con cierta benevolencia, al ver mi confusión quedaron de nuevo prevenidos en contra mía. El oficial de guardias pidió que se me carease con el delator principal. El general mandó llamar al bribon de ayer. Me volví con viveza hácia la puerta á esperar la aparición de mi acusador. Algunos momentos después se oyeron resonar grillos, y entró... Alexei Ivanitch. Me chocó el cambio que había experimentado. Estaba pálido y flaco. Sus cabellos negros en otro tiempo empezaban á blanquear. Su larga barba estaba desaliñada. Con voz débil, pero firme, repitió todas sus acusaciones. Según él, me había enviado Pugatcheff á Orenburgo como espía; todos los días salía hasta las líneas de las guerrillas para comunicar por escrito lo que ocurría en la ciudad; finalmente, me había pasado decididamente al usurpador, yendo con él mismo de fortaleza en fortaleza, y procurando por todos medios perjudicar á mis cómplices de traición, para suplantarlos en sus plazas, y aprovecharme más de las larguezas del rebelde. Le escuché hasta el fin en silencio, alegrándome solamente de que no hubiese pronunciado el nombre de María. ¿Sería porqué su amor propio sufría pensando en la que le había rechazado con desden, ó quizá porque en su corazón había una chispa del sentimiento que me hacía callar á mí mismo? Aunque así fuera, la comisión no oyó pronunciar el nombre de la hija del comandante de Belogorsk. Esto me confirmó más en la resolución que había adoptado, y cuando los jueces me preguntaron qué tenía que responder á las inculpaciones de Alexei Ivanitch, me limité á decir que me atenia á mi primera declaración, no tenía que añadir más en mi defensa. El general mandó que nos llevasen de allí, y salimos juntos. Miré con calma á Alexei, y no le dije una palabra. Sonrióse con la sonrisa del odio satisfecho, recogió su cadena y redobló el paso para adelantarme. A mí me volvieron á mi prisión, y desde entonces no he de sufrir más interrogatorios.

No presencié todo lo que me queda que decir al lector; pero he oído tantas veces la relación, que se me han grabado en la memoria las más pequeñas particularidades, y se me figura que he sido festigo invisible de ellas.

Mis padres acogieron á María con la cordial benevolencia que distinguía á las gentes de otro tiempo. Veían una gracia especial de Dios en esta ocasión que se les presentaba de dar asilo á una pobre huérfana. Pronto se aficionaron á ella sinceramente, siendo imposible conocerla sin amarla. A mi padre mismo no le parecía ya mi amor una locura, y mi madre no soñaba más que en ver á su Perico casado con la hija del capitán.

La noticia de mi arresto llenó de asombro á mi familia. Sin embargo, con tal ingenuidad había contado María á mis padres el origen de mi extraña relación con Pugatcheff, que no solo no se habían inquietado, sino que se echaron á reír de muy buena gana. No quería creer mi padre que estuviese yo comprometido en una revuelta infame, cuyo objeto era la destrucción del trono y el exterminio de la nobleza. Hizo sufrir á Savelitch un interrogatorio severo, en el cual confesó mi menino que su amo había sido huésped de Pugatcheff, y que á no dudarlo se había mostrado el malvado generoso. Pero al mismo tiempo afirmó bajo un juramento solemne, no haber oído nunca hablar de traición alguna. Esto calmó algo á mis padres, esperando impacientes mejores nuevas. En cuanto á María, su agitación era grande, y callaba solo por modestia y por prudencia.

Pasaron así muchas semanas. De repente recibí mi padre una carta de un pariente nuestro de Petersburgo, el príncipe B... Después de los cumplidos de costumbre, le anunciaba que habían resultado demasiado ciertas las sospechas que se formaron acerca de mi complicidad en las maquinaciones de los rebeldes, que un suplicio infamatorio era la pena que merecía, pero que atendiendo á la lealtad, servicios y canas de mi padre, se había dignado la Emperatriz hacer gracia á su hijo criminal, conmutando la pena de muerte en la de destierro perpetuo á la Siberia.

Con este golpe imprevisto estuvo á punto de morir mi padre. Perdió la habitual firmeza, y su dolor ordinariamente mudo se exhaló en amargas quejas. «¿Cómo! repetía incesantemente fuera de sí, ¿cómo! ¿mi hijo ha tomado parte en el complot de Pugatcheff? ¿Dios justo! ¿porqué he vivido tanto? La Emperatriz le perdona la vida, ¿pero me será á mí más fácil soportarla? Lo horrible no es el suplicio; mi abuelo pereció en el cadalso en defensa de lo que veneraba en el santuario de su conciencia (1), mi padre fué ejecutado con los mártires Volynski y Khonchtchhoff (2); pero hacer

(1) Un abuelo de Puchkine fué condenado á muerte por Pedro el Grande.

(2) Jefes del partido ruso contra Biron, bajo la emperatriz Ana, y los dos ejecutados bárbaramente.

traición á sus juramentos un caballero, unirse con bandidos, con malvados y esclavos revoltosos... ¡vergüenza, vergüenza eterna á nuestra raza!» Asustada de su desesperación, no se atrevía mi madre á llorar en su presencia, esforzándose en darle ánimo, hablándole de las incertidumbres é injusticias de la opinión, pero mi padre estaba inconsolable.

María estaba aun más afligida que nadie. Segura de que hubiera podido justificarme si hubiera querido, dudaba acerca del motivo que me había obligado á guardar silencio, y se creía la única causante de mi infortunio. Ocultaba á todos sus lágrimas y sufrimientos, sin dejar de pensar en los medios de salvarme.

Una tarde, sentado en un sofá, hojeaba mi padre el almanaque de la corte, sus ideas empero estaban muy lejos de allí, y la lectura de este libro no producía en su imaginación la impresión acostumbrada. Silbaba una marcha antigua. Mi madre hacía media en silencio cayéndosele las lágrimas á la labor de cuando en cuando. María, que se hallaba trabajando en el mismo cuarto, declaró repentinamente á mis padres que se veía obligada á partir para Petersburgo, y que necesitaba para esto dinero. Afligió mucho á mi madre esta resolución.

— ¿Porqué quieres, la dijo, ir á Petersburgo? ¿Tambien tú nos abandonas?

María respondió que su suerte dependía de este viaje, y que iba á pedir protección á los grandes, como hija de un hombre que había sido víctima de su fidelidad.

Bajó mi padre la cabeza. Parecía un punzante reproche cada expresión que le recordaba el supuesto crimen de su hijo.

— Parte, le dijo al fin suspirando; no queremos poner estorbos á tu dicha, ¡Plegue á Dios darte por marido un hombre honrado, y no un traidor manchado con la infamia!

En seguida se levantó y salió del cuarto. Habiendo quedado sola con mi madre, le confió María su proyecto. Mi madre la abrazó llorando y rogando á Dios por el buen resultado de sus gestiones. Pocos días después partió María con Palachkay el fiel Savelitch, que separado á la fuerza de mi lado, se consolaba pensando en que se hallaba sirviendo á mi prometida.

Llegó felizmente á Sofía, donde resolvió detenerse, por haber sabido que la corte estaba entonces en el palacio de verano de Tzarskoie-Selo. Acojióse en la casa de Postas, en un gabinetito. La mujer del dueño de la posada vino en seguida á charlar un poco, y anunció pomposamente á María que era sobrina de un calcedor de hornillos, agregado á la corte, iniciándola después en los misterios de palacio. Le contó á qué hora se levantaba la Emperatriz, tomaba el café y se iba á paseo; qué grandes había por entonces al lado de la imperial persona; qué se había dignado esta decir la víspera en la mesa, á quien recibía por la noche; en una palabra, la conversación de Ana Ulassievna parecía una página arrancada de las memorias contemporáneas, y hubiera sido preciosa en nuestros días. María Ivanovna lo escuchaba con mucha atención. Juntas fueron al jardín imperial, donde Ana Ulassievna contó á María la historia de cada paseo y puente, y las dos volvieron á su alojamiento, encantadas una de otra.

Al día siguiente muy de mañana se vistió María y se fué nuevamente al jardín de la Emperatriz. Era una soberbia mañana. El sol doraba con sus rayos las cimas de los tilos, amarillentos ya por el fresco aliento del otoño. El espacioso lago brillaba inmóvil. Los cisnes, que acababan de despertarse, salían gravemente de los matorrales de la ribera. Llegó María hasta el borde de una risueña pradera, en donde habían levantado muy recientemente un monumento en honor de las victorias del conde Romanzoff. De pronto, un perrito de raza inglesa corrió hácia ella ladrando, y María se detuvo amedrentada. En este momento resonó una voz agradable de mujer, diciendo: «No tenga Vd. miedo, que no le morderá á Vd.»

Vió María á una señora sentada en un asiento campestre, en frente del monumento, y fué á sentarse al otro extremo del mismo. La dama la examinaba atentamente, y por su parte María, con una ojeada furtiva, pudo verla á su gusto. Llevaba un peinador blanco de mañana, sombrero ligero en la cabeza y manteleta. Aparentaba tener la dama sobre cuarenta años de edad, y su semblante, lleno y colorado, expresaba la calma y la gravedad, templada con la dulce mirada de sus azules ojos y su encantadora sonrisa. Rompió la primera el silencio.

— ¿Indudablemente, Vd. no es de aquí? le dijo.

— Cierto es, señora, le respondió María; llegué ayer de provincia.

— ¿Ha venido Vd. con su familia?

— No señora, sola.

— ¡Sola! Pues Vd. es muy joven para viajar sola.

— No tengo padres.

— ¿Ha venido Vd. á algun negocio?

— Sí, señora, he venido á presentar una solicitud á la Emperatriz.

— Vd. es huérfana; probablemente vendrá Vd. á quejarse de alguna injusticia ú ofensa.

— No, señora, no vengo á pedir justicia, sino gracia.

— Permítame Vd. que le haga una pregunta: ¿quién es Vd.?

— Soy la hija del capitán Mironof.

— ¿Del capitán Mironof que mandaba uno de los fuertes de la provincia de Orenburgo?

— Sí, señora.

La dama se conmovió al parecer.

— Perdóneme Vd., continuó con voz aun más dulce,

si me mezelo en sus asuntos. Pero voy á la córte; explíqueme Vd. el objeto de su petición; acaso pueda ser á Vd. útil.

María se levantó para saludarla respetuosamente. Todo en la dama desconocida le atraía hácia la misma, y le inspiraba confianza. Sacó, pues, un papel del bolsillo y se lo dió á su protectora, quien lo leyó en voz baja.

Empezó leyendo de un modo atento y benévolo, pero de pronto cambió de semblante, y María, que seguía con la vista todos sus movimientos, se asustó de la expresión severa de aquel semblante tan apacible y gracioso pocos momentos ántes.

— Vd. pide por Grineff, dijo la dama con un tono helado. La Emperatriz no puede concederle el perdón. Se ha pasado al usurpador, y no como un crédulo ignorante, sino como un pícaro depravado y peligroso.

— Eso no es verdad, exclamó María.

— ¡Cómo! ¿no es verdad? replicó la dama, poniéndose encendida como una ascua.

— No es verdad, Dios es testigo de que no es verdad. Lo sé todo, se lo contaré á Vd. todo. Solo por mí se ha expuesto á todas las desdichas que le han sobrevenido; y si no se ha disculpado ante los jueces, ha sido por no mezclarme á mí en este negocio.

Y María contó con calor todo lo que el lector ya sabe.

La dama la escuchaba con una profunda atención. — «¿Dónde vive Vd.? preguntó á la jóven, cuando acabó su relación. Y sabiendo que era en casa de Ana Olasievna, añadió con una sonrisa: «Ah! ya sé! Adios, no hable Vd. á nadie de nuestra entrevista. Espero que no aguardará Vd. mucho la respuesta de su carta.»

Y pronunciadas estas palabras, se levantó yéndose por una calle de arboles. María volvió á su casa sonriendo de esperanza.

La huésped le riñó por su matutino paseo, perjudicial á la salud de una jóven, según decía, durante el otoño. Trajo el desayuno, y ya se disponía á contar, con una taza de té á la vista, la interminable relación de la córte, cuando se paró á la puerta un carruaje con blason. Un lacayo con librea imperial entró en el cuarto, anunciando que la emperatriz se dignaba admitir á su presencia á la hija del capitán Mironof.

Una Olasievna se trastornó enteramente con esta noticia.

«¡Ay! Dios mio, exclamó, la emperatriz llama á Vd. á la córte.

¿Cómo habrá sabido su llegada? ¿y cómo va Vd. á presentarse á S. M. madrecita mia? ¿Si creo que no sabe Vd. andar á la moda de la córte, debería yo llevarla á Vd., ó no sería mejor ir á buscar á la comadreja para que le prestase á Vd. su vestido amarillo de bandadas de pliegues?

Pero el lacayo declaró que la emperatriz quería que María Ivanovna fuera sola y con el traje con que se la encontraron. No había mas remedio que obedecer, y María partió.

Presintió que iba á cumplirse nuestro destino; su corazón palpitaba con violencia. Al cabo de algunos instantes se detuvo en la carroza delante del palacio; y despues de atravesar una larga serie de piezas desocupadas y suntuosas, fué introducida María en el gabinete de la emperatriz. Algunos señores, que rodeaban á su soberana, abrieron respetuosamente paso á la jóven. La emperatriz, en la cual reconoció María á la dama del jardín, le dijo graciosamente:

«Estoy encantada de poder acceder á tu petición. Convencida de la inocencia de tu prometido, lo he arreglado todo. Aquí tienes una carta que llevarás á tu futuro padre político.»

María cayó, llorando á los piés de la emperatriz, que la levantó besándola en la frente.

— Sé, le dijo, que no eres rica, pero tengo que pagar una deuda á la hija del capitán Mironof. Está tranquila acerca de tu porvenir.

Despues de haber colmado de caricias á la pobre huérfana, la despidió la emperatriz, emprendiendo María su viaje á la casa de campo de mi padre, de vuelta de Petersburgo, sin echar á esta capital una mirada de curiosidad.

Aquí terminan las memorias de Pedro Andreitch Grineff: pero se sabe por tradición de la familia, que fué puesto en libertad hácia el fin del año de 1774, que asistió al suplicio de Pugatcheff, quien habiéndole reconocido entre el tropel, le saludó bajando la cabeza, que poco despues debía ser enseñada al pueblo sangrienta é inanimada.

Muy luego llegó á ser esposo de María Ivanovna, y su descendencia habita aun en el castillo de Simbiryk. En el palacio señorial del pueblo de... se enseña la carta autógrafa de Catalina II colocada en un cuadro con cristal. Está dirigida al padre de Pedro Andreitch, conteniendo la justificación de su hijo, y las alabanzas debidas á la excelente índole y al talento de la hija del capitán.

azul y blanco, cuyos colores subiendo el blanco bajando el celeste, se habian fundido en un tinte incalificable, ó sea tinte *union sospechosa*, puesto su delante de cuero y sus espejuelos de tuerno, era el dicho remendon el negro blanco de todos los traviesos chiquillos del barrio, los que con todas las viejas de idem, que eran sus parroquianas, habian gastado la paciencia del remendon hasta dejarlo sin ninguna.

El tío Hormazo, que era el nombre que le habian puesto, por ser su habitual amenaza á los chiquillos tirarles un hormazo, era un hombre grave y muy rígido; convenia en que las botas debian salir á la calle, pero las mocitas no; que los zapateros debian tener compañero, pero que las mozas recatadas no debian tener otro que el anafe, el torno de hilar, y el rosario.

Pero su hija Mariquita no era de la misma opinion que su padre, porque nunca dió orugon mas feo y rastroso vida á mas vistosa y casquivana mariposa: esta mariposa se habia enamorado y entendido por señas con un teniente, el que maldita la gracia le hacia al tío Hormazo: este, por vigilar y cuidar á su hija, iba descuidando los zapatos viejos, y por atender al crédito de su hija iba perdiendo el suyo.

Una mañana estaba el tío Hormazo mas desesperado que nunca, el almidon se lo habia comido el gato que estaba muerto de hambre; el hilo se le habia enredado, y el cerote se le habia perdido; ya habia reñido con tres viejas, que habian prometido desacreditarlo, cuando llegó una mozuela desenvuelta, la cual dijo sin preámbulo:

— ¡Y mis zapatos?

— No están, contestó lacónicamente el tío Hormazo.

— ¡Habrás visto viejo mas embustero! ¿no me dijo Vd. que estarian?

— Me equivoqué.

— No podré ir al fandango, dijo pateando la mozelilla.

— Mejor: las mocitas pierden su estimacion en los fandangos; ¡á coser, á barrer; ea, anda!

— Pues he de bailar y he de cantar mientras me dé gana: ¿está Vd.? que yo vengo aquí por mis zapatos y no por sermones: vaya con el viejo este, que no quiere que se cante y se baile y miente mas que el almanaque!

Y se fué cantando á gritos:

A la puerta de un sastre
Todas son tiras,
Y á la del zapatero
Todas mentiras.

Tienen los zapateros
En el cogote
Un letreiro que dice
Viva el cerote.

El tío Hormazo impaciente iba á contestarla, cuando entró un chiquillo.

— ¿Qué quieres? preguntó con su vocejón y torba y desconfiada mirada el remendon.

— Preguntarle á Vd., tío Hormazo, si ha confesado?

— ¿Te vas, ó te envío al demonio?

— Es que venia á enseñarle á Vd. su confesion, que es así:

Yo zapatero
Pecandero
Embustero
Me confieso á Andero,
A Pedro Botija
Y á Anton Perulero.

— ¡Bribon, tunante! si te tiro un hormazo te abro la crisma.

Pero la amenazada crisma estaba ya fuera de tiro.

No habia pasado un cuarto de hora cuando se presentó otro marchante. Este no fué mal acogido, porque traía en la mano un zapato que por delante abría una inmensa boca como un gran pez que parecia amenazar al tío Hormazo: en cuanto al talon, era una triste ruina; aquel edificio yacia por tierra.

— Déjalo ahí, dijo sin asustarse y sin condolerse el remendon, hecho a ver como un cirujano de ejército descalabros, y como un anticuario ruinas.

— ¡Cuidado! que dice mi madre que quede bien cosido y firme.

— ¡Pues... mire la advertencia! gruñó el tío Hormazo: ¿te se ha figurado, metebulla, que coso yo con telarañas?

— Lo advierto, respondió el chiquillo tomando el portante porque:

Dice el remendero pobre
Tente, tente hasta que cobre.

— ¡Por vía del demonio malo padre!... que si te tiro un hormazo te has de acordar de mí.

— ¡Tío Hormazo! dijo otro muchacho presentándose con los fueros de embajador, de parte de mi abuela que por *mor* de Vd. que no le ha cosido el zapato no puede ir á misa, y que es Vd. un judío..

— ¡Yo judío! ¡mira so insultante! vuélveme con otra insolencia, y por mí la cuenta si con el hormazo que te tire no te dejo estampados los sesos en la pared, ¡so bribon! dile á la malhablada de tu abuela que los descalzos se van mas fácil á la gloria que los calzados.

— Entonces, tío Hormazo, ya que calza Vd. cristianos, está Vd. trabajando para el diablo; bien dice mi abuela que es Vd. un judío, y asina dice la copla:

Un remendero fué á misa
Y no sabia rezar,
Y andaba por los altares
¿Zapatos que remendar?

Esta vez la horna fué por los aires; pero dió contra la puerta, cuando ya estaba el chiquillo en la acera de enfrente cantando:

Zapatero, remendero
Come tripas de carnero.

— ¡Pues no es este un oficio para condenar á un cristiano! exclamó desesperado el antitesis de Herodes; esto es la víctima de la tiranía muchachil, (¡ay! ¡y no la sola que bastantes hay!) vamos, señor, que ni la paciencia de Job, ¡hato de pillos!

Entonces se asomó al umbral, y subió el poyete con mucho trabajo, quedándose plantado en él, un sugeto microscópico de cinco años, que apenas hablaba claro: recobrado su equilibrio, merced á apoyar una mano en la pared, se quedó derecho, y presentando como presenta una centinela el fusil, una gran asta de bucy al tío Hormazo, dijo:

Seño remendero garvoso
¿Me quie Vd. hace unos zapatos pa este buen mozo?

— ¡Ah gurrapatillo! exclamó fuera de sí el remendon; ¿tú tambien te metes á hacer burla? ¡Ahora lo verás!

Pero como el enemigo era tan débil, y el tío Hormazo generoso, no acudió á su arma favorita la horma, sino que cogió una escoba de mano y se la tiró al gurrapato: este se habia asustado, se habia vuelto; pero no atinaba á bajarse, por lo cual el proyectil le dió con todo su ímpetu por detrás, cayendo al suelo hechos un lío el gurrapato, el asta y la escoba de mano. Al oír los poderosos berridos que daba el *porta asta* acudieron de la casa contigua su madre, su abuela, su tia, su madrina, y media docena de vecinas á cual mas compadecidas de la víctima, y á cual mas enardecidas de indignacion contra el Fierabrás remendero. Como un fuego graneado se lanzaron al tío Hormazo los siguientes requiebros:

La madre. — ¡Hereje!
La abuela. — ¡Herodes!
La tia. — ¡Aima de Cain!
La madrina. — ¡Sin entrañas!
La prima. — ¡Desalmado!
Una vieja. — ¡Judío!
Una modista. — ¡Neron!
La mujer de un miliciano. — ¡Déspota!
La mujer de un marinero. — ¡Pirata!
La mujer de un soldado. — ¡Moro Riff!
Una corsetera francesa. — ¡Ogre!
Una negra mendiga. — ¡Caravali Bozal!
Una beata. — ¡Impío!
Una antirusa. — ¡Cosaco!
Una chiquilla. — ¡Bú!

El blanco de todas aquellas iras siguió tranquilamente uniendo suelas y palas desunidas, sin hacer otra cosa que repetir de cuando en cuando: esta vez ha sido la escoba; la primera vez que ese escuerzo mal criado se venga haciendo burla de un hombre *respetuoso*, será un hormazo el que le enseñe crianza; estás prevenida, Juana Gañotes.

Pero no estaba el tío Hormazo al cabo de sus tribulaciones, pues en este instante vió pasar rozagante con la gorrita de cuartel terciada sobre la frente y aire jaque al asistente del teniente, que merced á la bulla y algazara que habia allí armada, esperó poder pasar sin ser notado por el canchero de la pretendida de su oficial. Mas se engañó: al vigor del can, unia el remendon sus cien ojos de Argos.

Al ver el tío Hormazo aquella aparición garbosa y hostil, su temple se acabó de agriar, y se puso de concierto con el de su almidon. Se dió un puñetazo en la cabeza, con lo cual quedó el gorró de algodón terciado sobre su calva, y con el mismo aire *crane*, como dicen los franceses, que tenia la gorra de cuartel del asistente. Habiendo en consecuencia de esto quedado descubierta una de sus orejas, pudo oír perfectamente lo que al pasar sin detenerse y en voz de tenor cantaba el Mercurio, y era esto:

Arandín, arandín, arandé,
Seña Mariquita, atiéndame usted.

Y siguió su camino.

— Yo tambien atiendo, dijo para sí el remendon, metiendo y sacando el hilo con las fuerzas de un Hércules y con los bríos de un Aquiles.

De ahí á un rato volvió á pasar el enemigo cantando en la misma voz de tenor:

Seña Mariquita la del falvalá.
Dice mi teniente que vaya usted allá.

Y pasó como quien no quiere la cosa.

— ¡Habrás tunantes! gruñó indignado el sereno remendon.

Al cabo de cinco minutos hizo el militar su tercera aparición: el remendero estrujó de coraje entre sus manos una suela vieja; entonces oyó abrirse suavemente la ventana de su habitacion, y una voz de tiple que cantó:

Arandín, arandín, arandero,
Dile á tu teniente que allá irá yo luego.

Apenas concluía la voz de tiple, cuando el tío Hormazo, tirando furioso la mesa con todos sus despojos y cachivaches, teniendo en su alzada mano una horma, salió á la calle cantando con un formidable vocejón de bajo:

Aarandín, arandín, arandaso,
Como te meneas te tiro un hormaso.

Tribulaciones de un remendero.

CUENTO POPULAR,

RECOGIDO POR FERNAN CABALLERO.

Habiase un zapatero remendon, que en punto á feo no habia quien le ganase, ni en punto á mal genio habia quien le igualase. Sentado ante su mesilla, en su casa puesta, caladó el gorro de algodón que habia sido

LA MACARENA

CANCION JITANA

CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO

música del maestro IRADIER

Allegretto.

CANTO.

PIANO.

A on - de vas ma - ca - re - ni - ta Con la man - ti - lla ter - sia. Ro - ban - do los co - ra - so - nes De - jan - do el ar - ma abra - sá, Ro - ban - do los co - ra - so - nes De - jan - do el ar - ma abra - sá! Ven a - cá, Ven a - cá, Ven a - cá, re - sa - lá! Ven a -

The musical score is presented in a standard format with a vocal line (CANTO) and piano accompaniment (PIANO). The tempo is marked 'Allegretto'. The key signature has one flat (B-flat) and the time signature is 6/8. The lyrics are written below the vocal line, with some words appearing above the notes for better readability. The piano accompaniment consists of two staves, treble and bass clef, providing a rhythmic and harmonic foundation for the song.

- cá re - sa - le - ri to No te ja - gas de ro - ga. Que aqui ay un cuer - po pe - nan - do Por tus

pea - si - tos no mas, Por tus pea - si - tos no mas ¡Hay! te vas, ¡Hay! te

vas, Pre - - mi - ta Dios que te pier - das, - Y yo te - lleque á en - con - trá? Pre - mi - ta Dios que te pier das,

MAYOR.

Y yo te ye - gue a en - con - trá? Pre - mi - ta Dios que te pier - das Y yo te ye - gue a en - con - trá.

Procedés de Tantenstein et Cordel, 92, rue de la Harpe.

2.

Dejarla di abrirle paso
 Naide la yegue á estorbá
 Que er Dios de la macarena
 Es esa mosa junca!
 ¡Je salá!
 ¿No oyes que te estoy yamando?
 ¡Vaya una sereniá!
 Por el arma de tu mare
 Macarena una miraá.
 ¡Ay! y te vas etc:

3.

Mujer esde que te pones
 Bestio de faralá
 Te jases la esconosia
 Y ya no me quées jablar.
 ¡Que no está!
 Con la mantilla te tapas
 Sin gorver la cara atrás,
 Anda con Dios macarena
 Tú de mí te has de acordá.
 ¡Ay! y te vas etc.

LA CASDAMI.

No quisiera comenzar mi narracion hablando mal de uno de los personajes que van á representar los principales papeles. Ahora bien, temo robarle de antemano la simpatía de muchos corazones sensibles, si declaro de buenas á primeras que Andrés Lambert era un aduanero. *Aduanero, diez y siete grados bajo perro*, dicen las hermosas jóvenes bretonas. Pero al fin hay aduaneros de aduaneros, y el mio en cuestion podria reivindicar derechos particulares que lo recomendasen á la consideracion de mis lectores.

En primer lugar era un guapo chico. No responderia de que una condesita novelesca lo juzgase así, porque tenia la tez roja, la oreja purpurina, hombros de Hércules y pantorrillas de viejo bailarín. Pero su fisonomía era buena; magníficos cabellos oscuros, demasiado abundantes para tenerlos bien arreglados, se ensortijaban sobre su frente espaciosa y caian sobre su cuello bien formado. Con esto, dientes de lobo jóvenes,

es decir blanquísimos, y unos bigotitos que daban cierto aire burlon á su cara naturalmente honrada y dulce, he aquí mas que suficientes cosas para recomendar el aduanero á algunas personas de un naturalismo científico, que juzgan del interior por el exterior.

Además, Andrés Lambert era una especie de espíritu culto. Como otro cualquiera estudiante de derecho, habia echado su articulejo en la caja de muchos periódicos, y presentado su *vaudeville* á todos los teatros del Boulevard. No le faltaba pues para llamarse literato mas que haber sido aceptado ó representado. Poca cosa, cuando se piensa en todo lo que se lee y representa. Tal vez Lambert hubiese persistido en esta idea funesta, y haria ahora parte de la sociedad de los literatos, á no ser por cierto tío suyo, negociante marsellés, á quien esperaba heredar, que no entendia de bromas, cuando se trataba de escoger estado. El lo queria sólido, regular, honroso siempre, y siempre lo mejor distribuido del mundo. He aquí porque no fué su sobrino periodista, y porque, recomendado ardientemente á un diputado conservador, que de vez en cuando votaba

con la oposicion muy cuerdamente, este mismo sobrino obtuvo un modesto empleo en las aduanas. Se creyó que le agradaria á su tío el que lo encaminasen hácia los Pirineos orientales, y ya estaba en el camino de Ceret, en un valle en que el Tet forma el *thahveg*, para servirnos de una palabra que los historiadores modernos se han empeñado en popularizar, cuando un encuentro medianamente extraño vino á alegrar su viaje.

Era por la tarde y la diligencia trepaba penosamente una cuesta bastante áspera. Segun costumbre, el conductor habia ofrecido á los viajeros la ocasion de aligerar su pesado equipaje encareciéndoles la belleza del país y el placer de un paseito al aire libre. Andrés Lambert se apeó con gusto, y con paso ligero, fumando un cigarro de contrabando, llegó á lo alto de la cuesta. Desde allí, mirando hácia atrás, y viendo el carruaje que daba la primera vuelta de la sinuosa subida, con el paso de un caracol cansado, tomó el partido de seguir andando á riesgo de no ser alcanzado por el coche.

Un sotoespeso guarnecía ambas orillas del desigual ca-

mino, y el ojo parisiense buscaba sombreros de fieltro gris, ojos flamígeros, bigotes negros, escopetas apuntando, todos los accesorios del melodrama Pixerecourt. Pero poco a poco se familiarizó con este receptáculo de bandidos fantásticos, y después de mofarse de su terror llegó a aventurarse en los senderos abiertos por los amantes de sombra, paralelos al camino real. Acababa justamente de levantarse el viento de la noche, que agitaba en remolinos el polvo de la carretera; pero en aquellos matorrales tenebrosos en que el almendro, el mirto, el moral crecían mezclados, la brisa balsámica estaba cargada de un perfume penetrante y fresco, producto de las plantas aromáticas que iba pisando. Reanimado por el aire libre, las dulces emanaciones de la tierra, y el pensamiento de que iba a llegar al día siguiente por la mañana al término de su fastidioso viaje, Andrés se puso a silbar siguiendo su caminata, un rigodon del Ranelagh y del baile de los Estudiantes.

En este punto de sus impresiones se hallaba, y con su baston en la mano andaba con perfecta tranquilidad, cuando al llegar á un sendero que torcía brusca-mente; se encontró cara á cara con un sér animado, de elevada estatura, que le puso la mano en el hombro, y le preguntó con voz grave:

«¿ Adónde va Vd. *Jaracanalli* (1)?»

El primer movimiento del jóven viajero fué digno de Hipólito, hijo de Teseo. No detuvo sus corceles, pero retrocedió vivamente, y haciendo girar su baston con presteza al redor de su cabeza, se puso en una actitud defensiva admirable.

Su enemigo, ó mas bien su interlocutor, cuyas facciones no había podido discernir á causa de la oscuridad, no apareció alarmado con aquellas disposiciones hostiles, y ántes que Lambert hubiese tenido tiempo de redactar una respuesta arreglada á la indiscreta pregunta que acababa de serle dirigida.

«¡ Caramba! ¡qué bravo soldado!» repuso la misma voz, y estas palabras fueron seguidas de una risotada ahogada, que revelaban las mas pacíficas intenciones.

Un poco avergonzado de haber mostrado su valor demasiado pronto, el bello aduanero, sin desarmarse del todo, tomó una actitud ménos belicosa, y trató de saber con qué clase de hombre se las había. Sus ojos, turbados un instante por la sorpresa, lo sirvieron mejor cuando se serenó, y no se quedó poco admirado ni poco lisonjeado cuando se aseguró de que el bandido en cuestion era una mujer, ítem mas, una mujer jóven.

No había ella retrocedido un solo paso ante la incongruente amenaza, y se mantenía en pié, en el mismo sitio, con los brazos desnudos y cruzados sobre el sencillo lienzo que cubria su talle de vigorosos relieves.

Porque, preciso es decirlo, su traje era de los mas sencillos. Una camisa, una saya de algodón azul, una redecilla encarnada en la cabeza; así estaba vestida. Pero es verdad que la moza ó la casada podía alegar, como Paulina Borghese, que aquella tarde hacia mucho calor.

Algunos segundos de reflexion, después del descubrimiento que acababa de hacer, cambiaron repentinamente las ideas de Lambert. En vez de un robo á mano armada, entrevió los alhagos de una amadryade del Rosellon; en vez de un combate, un idilio, y se echaba en cara su arrebató, poco digno de Tirsís ó de Týtyro; pero al fin y al cabo, se consoló cuando reparó que la Galatea no tenía ni medias ni zapatos.

«Deberas cuidarte, chiquita, le dijo él con todo el aplomo de un abonado á Mabilie. No se para á las gentes de esa manera. Te podía haber descargado un mal golpe en la cabeza, hermosa niña; y los dos lo hubiéramos sentido.

«¡ Disparate, hombre!... no debe una incomodarse por una *casaca verde*, replicó desdenosamente la pastora, muy poco intimidada. Luego añadió con un tono singular y con gestos que parecían aprendidos de memoria.

«Tú que pasas por pasar, tú no sabes si estos árboles están encantados ó no. Yo hubiera podido decirles que te detuvieran, *Jaracanalli*. Yo hubiera podido hacer caer sobre tí el mas pesado de todos ellos. Ellos me aman; ellos me obedecen; ellos me hablan. Créaslo ó no lo creas, poco me importa. Uno de ellos, este, me ha dicho esta mañana que vendrias... Llegas, está bien... ¿Porqué? ¿lo sabes tú? ¿para herir ó ser herido? ¿para matar ó ser muerto? Oficio vil es el tuyo, muchacho. ¿Y *Kralis*, Luis-Felipe, el que tú llamas tu rey, te da mucho dinero por perseguir á los contrabandistas?... pero de que te servirá el dinero si algun mozo crudo te mete seis pulgadas de acero por la sexta costilla?... Hé, hé, *chabó*, reflexiona un poco en eso.»

Si Andrés Lambert aguardaba algo no era ciertamente esa arenga incoherente y precipitada. Sin embargo no hizo sobre él mas que una mediana impresion. — Esta mujer está loca, pensó entre sí, y perdería el tiempo en responderle.

«Largo hermosa, continuó: otro dia hablaremos despacio.

«Otro dia...»

«Sí, otro dia.

«No, repuso sin moverse; tú me has impedido co-ger las yerbas que necesitaba. Tú eres quizá un caballero. Hazme ganar algun dinero.

«¡ Ah! bueno, imaginó Lambert: la situacion se despeja, y ya iba á sacar su bolsillo, cuando pensó que la petición podía ser un lazo, si la jóven no estaba sola, y si había en las matas de alrededor algunos acólitos

escondidos. En todo caso, mas valia dejar llegar la diligencia, cuyos cascabeles debian servir para hacer estar quietos á los mas revoltosos malhechores. Animándose pues:

«Dime, hija mia, lo que sabes hacer, y yo veré si puedo algo por tí.»

Una metamorfosis completa se verificó en los modales singulares de aquella ninfa de los bosques. Hasta entonces había hablado á tontas y á locas, y bajo la inspiracion de un descontento irreflexivo... pero viendo la buena acogida de una insinuacion sobre cuyo éxito no había contado:

«Caballero, dijo fijando en Lambert sus ojos negros, yo no soy una salteadora, una ladrona en despo-llado...»

Este exordio agradó á Lambert, que escuchaba mas atentamente...

«Tampoco soy una chalana; no tengo mulos, asnos ni caballos que vender. Por eso no miento jamás.»

Vete con Dios, pensó Lambert, que tenía aun en el oído el discurso mitológico con que había empezado la jóven.

«Si sabia que venia Vd. no es porque el árbol me lo haya dicho.»

«Lo sospechaba así, respondió gravemente el aduanero.

«No, no ha sido el árbol, ha sido el *Bengue*.

«El...»

«El *Bengue*... el diablo... el rey del Infierno. Y la prueba de ello es que me había dicho que cogiera para Vd. esta *meligrana* que he cortado en un hermoso jardin.

La meligrana era una granada que presentó en la mano la jóven, sin que pudiera saber Lambert de donde la había sacado. Y como él dudase de aceptarla...

«Tomadla, tomadla, repuso, y dádsela á las hermosas muchachas que desee Vd. que lo amen... Es un buen regalo, caballero. No piense Vd. en pagarme; me injuriaría Vd. y se perdería el encanto. Pero si Vd. quiere, le diré la buena ventura, y sabrá Vd. lo que le ha de suceder mañana, después de mañana y todos los dias de su vida.

«Mas quisiera otra cosa, contestó el excéptico Lambert.

«¡ Bueno! ¿ quiere Vd. un remedio contra el *mal de ojo*? quiere Vd, dijo mas bajo, y como si temiera una indiscrecion del eco, ¿ quiere Vd. la raiz del buen baron?»

«¿Qué puede ser toda esa botica se preguntaba el jóven sorprendido.

«Con el *bar lachi*, *mi casaca verde*, con la piedra que atrae el hierro, ni una bala le tocará á Vd., y el polvo cegará á los que quieran hacerle á Vd. fuego. Vé Vd. este pedazo de cuerno de ciervo y este cordón hecho con las crines de una yegua blanca... póngaselo Vd. al cuello, y sus ojos hermosos verán siempre... y la raiz, caballero, la raiz... un muchacho tan bien formado como Vd. debe necesitarla muy á menudo, añadió con tono misterioso.

«¿ Qué tiene pues de particular? » preguntó irónicamente el parisiense.

La jóven volvió la cabeza á derecha ó izquierda, para asegurarse de que nadie la veía, y acercándose á Lambert, — este entre paréntesis apretó el puño de su baston de viaje, — iba á darle la explicacion requerida, cuando los caballos al trote, el ruido de las campanillas y de las ruedas pusieron brusco fin á la conversacion.

«¡ Eh! Picard, ¡aguárdeme Vd.!» gritó Lambert, cuyo brazo había cogido la comerciante de filtros, soltándose de repente, y juzgando extraña una familiaridad tan prontamente establecida.

En seguida desaparecieron como por ensalmo, las miradas cariñosas, los gestos obsequiosos, la sonrisa insinuante, el acento de amistad y de confianza; la desconocida se irguió como una serpiente irritada.

«¡ Ah! ¡ ah! exclamó ella; ¡ esas son vuestras partidas! vé, vé á tu birlocho, y ojalá vuelque en la primera zanja. Que tu brazo derecho se seque, ¡ que la sal de tu bautismo se vuelva veneno en tu boca! ¡ Tú, un caballero! ¡ tú, un señor! ¡ tú que mientes y que engañas, miserable *casaca verde*; cuidado con tu *parné*, cuidado con tus huesos, si te vuelvo á tropezar!»

Vociferando así, la jóven furia, que Lambert hubiese enviado de buena gana á todos los diablos, llegó hasta la orilla del camino. Entonces pudo ver á la moribunda claridad del crepúsculo, y á la luz de los faroles que el conductor acababa de encender, á la heroína de aquel imprevisto encuentro. Magnífica para pintada hubiera estado en su actitud amenazadora, royendo las uñas de su mano izquierda, mientras que extendía el brazo derecho en señal de anatema sobre el desdichado viajero. Sus ojos negros, dotados de brillo singular, parecían inyectados con algun licor fosfórico, y las miradas irritadas que lanzaba á su enemigo fugitivo despertaban la idea de esos hechizos maléficó que atribuyen aun muchos pueblos supersticiosos á la cjeada de una maga.

Entretanto, los viajeros, llenos de sorpresa, estaban asomados á la portezuela del carruaje, y Lambert, á quien apenas tranquilizaba su buena conciencia, vió que era objeto de desagradables sospechas. Las primeras palabras que le dirigió Picard no le dejaron la menor duda de ello.

«¡ Ah! bueno, bueno, decia el conductor, ¿ cómo va eso? ¿ cómo va eso? »

Lambert creyó que no debía justificarse. Arrojó desdenosamente la granada al suelo ántes de subir á la

imperial, en donde tenía su asiento, y queriendo pagar su deuda, soltó algunas monedas que pasaron á los ojos de los espectadores de aquella escena por una ofrenda expiatoria...

Pronto arreó Picard, no viendo motivo para prolongar esta escena. La pesada máquina se puso en movimiento, no sin dificultad, y con bastante lentitud para dar lugar á las imprecaciones de la endiablada mendiga, pronunciadas en un lenguaje ininteligible.

Picard pedia con la vista al jóven viajero cuenta de lo que había ocurrido en la espesura.

Lambert, tranquilo con su inocencia, no tenía razon ninguna que lo obligase á callar. Dió sus explicaciones con una sangre fria que disipó las dudas concebidas contra su virtud.

«En ese caso ¿de qué se queja? dijo Picard medio volviéndose, como si sus palabras hubiesen podido retroceder media legua... ¡ Al cabo esos caracos son tan particulares!»

«¿Qué dice Vd.?»

«Digo que los caracos tienen el diablo en el cuerpo... Vd. no entiende eso, señor parisiense. Pero nosotros aquí, en los bosques, en los mercados, vemos mas que lo que queremos... sin contar que es menester con ellos tener el ojo alerta... El año pasado, sin ir mas lejos me robaron un baul de la baca... Y ni visto ni oído... Caro me costó, pero me reí grandemente... El inglés á quien pertenecía queria hacérselo pagar á la Administracion, ¿ y cuánto? cincuenta mil francos... una idea suya... porque calculaba así... papeles que venian de la India... y que valian mas que abultaban.

El inglés recibió sus quince doblones... Además todo era para un milor, ¿ no es verdad, casaca verde?»

«Mucho era eso para Vd... pero volvamos á los caracos...»

«¡ Ah! ¡ los bribones! ¡ la mala familia! Estos no tienen casa ni pueblos, ni nada... hoy aquí mañana allí, vagabundos perfectos... ¡ y ladrones!... le quitarían á Vd. un caballo de entre las piernas sin notarlo... chalanes iguales no hallará Vd. en el mundo... un caraco le vendería á Vd. un burro muerto mas caro que un caballo vivo... En los primeros tiempos, yo fui atrapado, yo que hablo, un truhan, duro de pelar, un ganadero viejo.

«¿Cómo así?»

«Estaba en la feria de Ceret... queria comprar un mulo... al momento me rodean y empiezan su oracion... palabrería sin fin... Basta, Basta, decia yo, como don Bartolo en el *Barbero de Sevilla*... basta, veremos... me conviene... Era la mejor de todas las bestias que había en la feria... no habían pensado en ofrecérmela... pregunto el precio...

«¿Cuánto, si Vds. gustan?»

«¡Veinte doblones!»

«Bueno, doy diez... los tunos se chancean; que soy un esto y un lo otro, toda la letanía... ¡Cosa clara! ¡cosa clara! no tenga Vd. cuidado, me decian, que le cojamos la palabra... diez doblones, eh... ¿ le gusta á Vd.? cuando me ven firme, se dicen... pero yo desconfío...»

«Veamos trotar el animal, digo.

«Muy bien, contestan.

El amo del mulo le dice algo á la oreja, y el levanta el morro. Salto encima, parto como en posta... Vuelve ménos agitado que Vd. ó yo... Examinó otra vez ántes de decidirme... Nada sonaba, ni los dientes, ni las piernas, ¡yo lo entiendo... En una palabra, el trato se hizo... pago... mi hombre desfila... Cuando lo veo irse, tiemblo... Mon to en la caballería para seguirlo, el mulo no se menea... Lo golpeo... nada, como si fuera de madera... Le clavo las espuelas en la tripa... entonces ya es otra cosa, se arrodilla como para hacer oracion, me tira por la cabeza, y da con mi cuerpo en un lodazal... Me levanto... el animal me miraba tranquilamente... los caracos se reian á carcajadas.

«¿Dónde está el ladron que me ha vendido esto?»

«Se ha ido á Moscou, me respondió uno de ellos.

«No, replicó el otro, se vuelve á Africa.

«Y el diablo viaja con él, dijo un tercero.

Me llevaban imbécil... y en verdad que yo era de su parecer. ¡Qué feliz me contemplé vendiéndoles el mulo por veinte francos! Y en ellos hice bien, porque sino me hubiera hecho otra mala pasada.

Estas divertidas historias y otras por el estilo distrajeron á Lambert y le hicieron pensar en que acababa de hacer conocimiento con esta raza curiosa, cuyas numerosas tribus, bajo el nombre de Chingany, Zin-cali, Ziguener, Gypsies, Charamis, Gitanos, van errando por toda la Europa y el litoral norte del Africa.

«¿ Los caracos no se llaman tambien bohemios? preguntó al conductor.

«¿ Bohemios? es posible... y rateros tambien, respondió de ello.

«¿ Pero y las mujeres?»

«Lo mismo... esas bribonas dicen la buena ventura... Vd. no cree, ni yo tampoco, en todos esos gestos... En cuanto á su urbanidad... ya la conoce Vd...»

«Y creo, decia Lambert interrumpiéndolo y examinando sus bolsillos, que su urbanidad cuesta cara... Mi petaca ha desaparecido... Me figuro cómo... y lo siento, porque tenía excelentes cigarros.

Después de rebuscar de nuevo, quedó comprobada la destreza de la gitana. Tomando con paciencia su desgracia, Lambert levantó el cuello de la levita para taparse las orejas, y se durmió al compás de las imprecaciones de Picard, que tenía mejores razones que la administracion de tabacos para interesarse en la desa-

(1) En la jerga de los bohemios significa aduanero.

parición de los puros de la Habana, tan hábilmente escamoteados al generoso viajero.

Unos dos meses habían transcurrido. Instalado en sus desagradables funciones, Andrés Lambert desplegaba ese celo, ese ardor, que prodiga la juventud, y que los viejos utilizan sonriendo. Decidido á adelantar, reclamaba como un privilegio toda empresa peligrosa, y ya había logrado ser aborrecido de los contrabandistas del Rosellon. Sabia lo que arriesgaba arrojándolos; pero el fastidio profundo que lo acometió los primeros días de su residencia en un rincón de una provincia, en donde nada le recordaba su alegre vida de estudiante, le hacia el valor cosa muy fácil.

Después del primer encuentro que tuvo con la Zingara, cuyo retrato hemos bosquejado, la había visto muchas veces, tan pronto por los caminos que él recorría á caballo, tan pronto entre la multitud que acudía cada quince días al mercado de Ceret. Nunca había dado ella á entender que lo conocía; nunca había respondido á la sonrisa despreciativa que él le había dirigido en forma de reprensión; y cierto día en que, mas hablador que de ordinario, le preguntó si no tendría por casualidad cigarros de venta, la bohemía lo midió de arriba abajo sin contestarle una palabra. Aquella era la mejor manera de no ser conocida por el sonido de la voz.

Lambert observó además que ella no estaba, ni con mucho, tan activa, tan puntual en ofrecer sus servicios como sus compañeras. Estas se metían por todas partes los días de feria, con amuletos, pañuelos de contrabando, lienzo y vestidos, que revelaban su procedencia sospechosa con su baratura.

(Se continuará.)

¡Dichosa tú!

(A. B...)

¡Dichosa tú que elevas
Miradas de placer al cielo santo,
Y en tu pupila llevas
El misterioso encanto
Que puede solo disipar el llanto!

Tu plácida sonrisa,
Fresca y feliz como en jardín de flores
La matutina brisa,
No dice los dolores
De una vida sin júbilo ni amores.

Tu cariñoso acento,
Eco de la inocencia y la ternura,
No revela el tormento
De un alma sin ternura
Que en silencio sus lágrimas apura

¿Cómo podré cantarte,
Vaso rico de amor, casta azucena,
Si solo sé admirarte
Al ver tu faz sin pena
Donde refleja el bien su luz serena?

¿Cómo hablarte mi labio,
Cuando mi pecho que en el mal suspira
No quiere hacerte agravio;
Cuando loco delira,
Y en santa envidia tu pureza admira?

¿Qué podré en mi tristeza
Sino pedir con súplica ferviente
Que esa luz de pureza
Que circunda tu frente
Siempre te inunde con su albor riente?

¡Vive feliz! El cielo
Siembre de gayas flores tu camino :
Sé del triste consuelo :
Sé bálsamo divino,
¡Palma gentil al pobre peregrino!

ANTONIO ARNAO.

ROMANCE.

Del mar en la fresca orilla
Estaba la hermosa Glauca,
Preparando los anzuelos
Y requiriendo las nasas.

Por verla los pececillos
Sobre las ondas saltaban :
Que las mujeres hermosas
Hasta á los peces encantan.

Y mientras, cabe una encina
El pobre Anfriso lloraba,
Dando al viento entre sollozos
Estas sentidas palabras :

« Oye mi voz, Glauca mía,
Tan hermosa como ingrata,
Tan cruda como graciosa,
Tan esquiva como amada ;

Oye mi voz, tú que alegras
Con tu presencia esta playa,
Dando con ella la vida,
Al mismo tiempo que matas.

Tú que con una sonrisa
Apaciguas las borrascas;
Tú que sujetas al mar
Desde una ligera barca.

¿Ves cuántos peces sencillos
Encuentras entre las mallas?
Pues por cada pez prendiste
Con tu hermosura cien almas »

Estas razones Anfriso
Decía con voz turbada,
Y en tanto la pescadora
Se reía de sus lágrimas.

Y bulliciosa jugando
Al fiero mar se acercaba,
Bañando sus piés de jaspe
En el cristal de las aguas.

Y el pobre olvidado Anfriso
Gozábase con mirarla,
Y mas y mas en su pecho
El ciego amor penetraba.

En esto ve que saltando
La hermosa Glauca resbala,
Y que orgullosa en su seno
Oculta el mar tantas gracias.

Lánzase en él atrevido,
El tesoro le arrebató,
Y ella con una sonrisa
Su amor intrépido paga.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

A MI AMADA AUSENTE.

SONETOS.

I.

Gózase encantadora primavera
Ostentando sus mágicos colores :
Su cáliz perfumado abren las flores
Amorosas al aura lisonjera.

Embelesan el bosque y la pradera
Dulces trinos de amantes ruiseñores,
Himnos de melancólicos amores
Que ardiente alumbró el sol desde su esfera.

Todos gozan amando su ventura,
Y amor sonríe á todos placentero,
Flores, aves y prados y espesura.

Yo que su dicha envidio en vano espero
Trocar en bien mi horrible desventura,
Que de mi hermosa amada ausente muero.

II.

¿Qué extraño es que en mazmorra cavernosa
Llore el cautivo la crueldad del hado,
Soñando en la colina y verde prado
Do pasó alegre juventud dichosa?

¿Qué extraño es que en la noche tormentosa
Al mirarse en las ondas sepultado,
Recuerde el marinero acongojado
Puerto apacible y adorada hermosa?

Si yo que en la soberbia corte vivo,
Puerto de la opulencia y los amores,
Lloro como en sus hierros el cautivo,

Y recuerdo mecido en mar de flores,
El ceño adusto de mi amor esquivo,
Y de mi ausente amada los rigores.

III.

¡Oh tú, mi amor, mi gloria, mi consuelo,
Dulce esperanza que me liga al mundo,
Tú que encendiste el amor profundo
Del alma ardiente celestial anhelo!

Tú que trocaste de mi vida el duelo,
De la esperanza manantial fecundo,
Y de la tierra lodazal inmundo,
En albergue de amor digno del cielo.

¿Dónde estás que no acudes cual solías,
Al escuchar mi canto lastimero,
Bálsamo siendo á las dolencias mías?

Ven que muero de amor y por tí muero ;
Solo de tí, como en mejores días,
Vida, amor, esperanza y gloria espero.

FERNANDO GARRIDO.

De alto abajo.

Hace pocos días fui despertado por un grito doloroso que parecía subir desde la calle. La voz estaba aun lejana, porque ninguna palabra llegaba distintamente á mi oído, y no percibía sino un rumor que parecía traducir un sentimiento.

— Quien quiera que seas, dije, que lloras y padeces, pobre criatura, consuélote Dios.

Contento de mí después de este voto caritativo, iba á dormirme de nuevo, cuando oí por segunda vez el grito que había llamado mi atención, pero mas despierto ó ménos alejado del que gritaba, y comprendí perfectamente estas palabras :

— ¡De alto abajo!

La voz insegura de un niño lanzaba al viento esta elocuente y lacónica oración.

De alto abajo.

Es decir, trabajo y pan para el saboyano.

De alto abajo.

Es decir, alguna moneda para que el niño no sea azotado por el brutal maestro, y algunas piezas blancas para que á su vuelta las ofrezca á su familia indigente.

De alto abajo.

Sencillo acto de fé de tres sílabas, recitado cada invierno por un pueblo desgraciado á los pueblos dichosos; encantadora invocación de las palabras del Evangelio que dicen : ayúdaos unos á otros.

De alto abajo.

Gritaba el niño deteniéndose á cada momento para sorprender una señal en alguna ventana.

Las reflexiones precedentes se habían presentado á mi imaginación unas después de otras, y con ellas el deseo de corresponder á la súplica del niño.

Habiéndome puesto mi bata, abrí la ventana y llamé al saboyano, que atravesó alegremente la calle, y se lanzó en mi portal.

Llamé á Catalina.

— Va á venir, la dije, un limpia-chimeneas; introducele.

— ¡Un limpia-chimeneas! exclamó Catalina, que bajo el pretexto de que me ha visto nacer se permite criticar todas mis acciones; un limpia-chimeneas... pero en la nuestra arde un hermoso fuego que acabo de encender... La chimenea ha sido limpiada...

— Basta, mi buena Catalina, el limpia-chimenea ha llamado : ábrele.

Siempre gruñendo Catalina obedeció, y entró el niño trayendo de la mano respetuosamente su gorro de algodón, de un color bastante problemático.

— ¿Qué chimenea necesita el señor que se limpie? me dijo, mientras Catalina parecía muy inquieta de la suerte del suelo encerado, viendo los enlodados zapatos del niño.

Yo la sonreí maliciosamente, y respondí al saboyano :

— Lo primero es preciso que te sientes aquí y te calientes; luego veremos.

El niño no se lo hizo repetir, y Catalina salió sin duda por no enfadarse, viéndole apoyar sus talones sobre el palo de una silla que le presenté. Luego extendió al fuego sus manos esmaltadas por el amaratamiento del frío á través de las líneas negras del ollín.

Durante este tiempo, le contemplé dichoso de verle esponjarse á los benéficos efectos del calor; y triste, comparando mi infancia tan alegre y feliz con la suya tan penosa, recordé involuntariamente *Loreiller* de madama Desbordes Valmore, y los versos que todos hemos oído de niños, los encantadores versos del *Petit Saboyard* de Giraud.

Al cabo de algunos instantes el niño me dijo :

— Ya he entrado en calor y estoy dispuesto á servir, buen caballero.

En este momento Catalina entraba dirigiendo los ojos con ansiedad al palo de la silla que el niño labraba con sus zapatos.

— Catalina, la dije, tráenos dos jicaras de chocolate; y añadí volviéndome al niño : — Te convidó á desayunarte conmigo.

— ¡Oh, señor! me dijo, si el amo sabe que he subido para eso á vuestra casa, y no le traigo dinero esta noche, me pegará.

— Desayúnate en paz; ya cuidaremos de todo.

Entonces el saboyanito fijó en mí sus ojos reconocidos, abrió la boca para darme gracias, y luego deteniéndose volvió á sí mismo sus miradas considerándose, me enseñó sus manos ennegrecidas y su rostro que reflejaba un espejo, y bajó la cabeza. Comprendí esta

pantomima, aprobé el sentimiento que la había dictado, y tomando al niño por la mano le entré en mi tocador, de donde salió al poco tiempo lavado, peinado, perfumado, confesando en fin que nunca se había visto así, y que le entristecería mucho cuando tuviera que poner su gorro en su cabeza.

— ¡Oh! decía, yo quisiera estar siempre así; y no dejaba de mirarse en un espejo sino para volverse á otro.

Mas inteligente que suelen serlo los de su clase, el

pequeño desollinador tenia una conversacion bastante agradable: durante el almuerzo me habló de su madre y sus dos hermanas, con cuyo recuerdo parecia entristecerse.

Cuando se hubo saciado su apetito, le enseñé todo lo que en mi casa podia distraerle; se extasió delante de las caricaturas de Gavarni, y tuve el placer de oírle decir: — He desollinado en casa de un caballero tan feo como este: sencillo y sincero homenaje de un niño al genio de un artista.

Hacia las once se despidió, tomando para su madre y sus hermanas un napoleon que quedó en una bolsita pendiente de su cuello, y algunas monedas para ocultar á su maestro el empleo de su mañana. Luego, habiéndome dado muchas veces las gracias, se miró al espejo por última vez, se puso su gorro, cargó con su saco, y salió.

Un instante despues, alegre y contento, repetia en la calle su grito de mariposa de invierno:

— ¡De alto abajo!

Alfonso della Marmora.

TENIENTE GENERAL DE ARTILLERIA, MINISTRO DE LA GUERRA DEL REINO DE CERDEÑA, COMANDANTE EN JEFE DEL CUERPO EXPEDICIONARIO PIAMONTÉS, CON DESTINO A LA CRIMEA.

El general Alfonso della Marmora, designado para mandar el cuerpo expedicionario de 15,000 hombres que la Cerdeña envia á la Crimea, pertenece á la alta aristocracia de Turin. Nacido por los años 1810, y destinado como sus hermanos á la carrera de las armas, se formó en la escuela de esa artillería piamontesa de tan antigua y merecida fama. Tomó una parte activa en la guerra de la independencia italiana en 1848 y 1849, y en ella ganó el grado de teniente general por su conducta en el sitio de Peschiera; en marzo de 1849 mandaba la division que fué enviada de las fronteras de la Toscana á Parma para tener en respeto á la guarnición austriaca de Plasencia.

Allí recibió la noticia del desastre de Novara, y de la conclusion del armisticio (23 de marzo.) Poco despues estalló el motin de Génova, y el rey mandó á della Marmora con su division para restablecer el orden; la prontitud y vigor de sus medidas hicieron imposible la resistencia, y el 10 de abril la ciudad viendo que todos los fuertes que la dominan habian caído en poder de las tropas reales, abrió sus puertas al general que acabó con la moderacion la obra que habia principiado con su energia.

En 1852 la confianza del joven rey le llamó al cargo de ministro de la Guerra, de donde no ha salido hasta hoy manteniéndose siempre apartado de las cuestiones puramente políticas para ocuparse con especialidad de todo lo concerniente al ramo de su ministerio; á él se debe la reorganizacion del ejército que tanto habia padecido de resultas de la última guerra.

El general della Marmora es muy querido del rey y de su hermano el duque de Génova, á quien ha conocido casi niño, y á quien enseñó la equitacion pues pasa por el mejor gi-



nete del reino. Sin embargo, parece que nunca abusó de su favor y en Turin se ensalza mucho su justicia así como la sencillez y austeridad de sus costumbres.

El cuerpo auxiliar piamontés, que estará bajo su mando, forma tres divisiones á las órdenes de los generales Alejandro della Marmora, Juan Durando y Trotti.

Alejandro della Marmora es célebre en el Piamonte por la creacion del cuerpo de *bersaglieri* (ligeros) que presenta un efectivo de 3,600 hombres, con un batallon de cazadores francos. Herido en el combate de Goito en 1848 figuró en la campaña siguiente como comandante de estado mayor, se distinguió en Montara, y concludida la guerra obtuvo el mando de la division de Génova, cargo que ocupa en el dia.

Los generales Trotti y Durando tambien han figurado con honor en la última guerra contra el Austria; la brigada Trotti, con la de Aosto mandada por Sommariva formó constantemente la vanguardia del ejército piamontés.

Durando ha hecho largo tiempo la guerra en España contra los carlistas. Comandante en jefe de las tropas pontificias en 1848, se hizo célebre por la defensa de Vicencio; al año siguiente pasó al ejército de Carlos-Alberto, combatió en Mortara y en Novara, llenó durante dos años el cargo de gobernador general de la isla de Cerdeña y de allí pasó á Alejandria; su vida está llena de aventuras y de hechos de armas que le honran sobremanera.

Durando y Trotti, comandante en la actualidad de la division militar de Chambery pasan por dos de los mejores generales del ejército sardo: Hombres frios y metódicos reemplazan con la profundidad y exactitud del golpe de ojo la impetuosidad que distingue á su compañero Alejandro della Marmora.

A. U.

Amuleto ruso.

La medalla que se ve representada en el adjunto dibujo ha sido hallada sobre un soldado ruso hecho prisionero en la Crimea. Esta medalla es de un uso comun en Rusia donde la dan el nombre popular de *kiiotka* porque figura el escaparate de imágenes *kiiotka*, que en la mayor parte de las casas pobres hace el oficio de capilla doméstica. La figura que ocupa el centro es una *panagia*, (santísima) epíteto que dan los fieles á la Virgen. Las que se ven en las dos puertecillas que cierran la *kiiotka* representan los doce apóstoles. La Santísima Virgen no es ménos venerada en la iglesia griega que en la nuestra; tiene su ritual particular (*akathistnik*), y en Rusia recibe un culto popular. Cada casa tiene su *panagia*, ante la cual se enciende una lámpara ó una vela los domingos y las fiestas. El jefe de la familia da incienso á la santa imagen, mientras los demás rezan arrodillados. La fiesta de la Anunciacion que se celebra el 25 de marzo es una de las principales del calendario greco-ruso.

El soldado que llevaba esta medalla, tenia tambien consigo un librito en ruso, con una hoja doble representando cuatro escenas del Viejo y del Nuevo Testamento, toscamente grabadas é iluminadas. El título de este librito es el siguiente: *Compendio de la historia religiosa del Viejo y del Nuevo Testamento, con una instruccion preliminar para su lectura, adornado con estampas. Segunda edicion, Moscou.* — Las cuatro estampas representan la expulsion de Adán y Eva del paraíso terrestre; el asesinato de Abel, la adoracion de los pas-

tores y el entierro de Jesus. Faltan las últimas hojas y el texto se concluye en la página 58 con los mandamientos de Dios. En una palabra, es un compendio muy sucinto de los hechos mas notables de la Biblia y del Evangelio para uso del pueblo. Por insignificante que sea este hallazgo, puede servir al ménos para desmentir el error bastante esparcido de que el emperador de

las dos especies la lengua litúrgica y el martirologio; así lo confirmó un fallo de la Sorbona en 1717, á propósito del proyecto de union de las dos iglesias, presentado á Pedro el Grande cuando estuvo en Paris.

La misa griega y eslavona difiere tan poco de nuestra misa latina que se la podria tomar por una traduccion de esta última, sino se supiera que deriva de las dos liturgias primitivas de los Jacobitas y de Antiocho.

El gobierno eclesiástico es lo que forma entre las dos iglesias el cisma decisivo, pero es otro error creer que los czares de Rusia se hayan sustituido al papa por su antojo. La iglesia rusa tiene su sínodo que dirige, compuesto de los metropolitanos, los archimandritas y un número determinado de eclesiásticos de alta jerarquía: hasta posee un cuerpo de derecho de cánones. Es verdad que el emperador se halla aquí representando por un funcionario civil, que tiene un voto suspensivo sobre todas las decisiones sinodales, excepto en materia de dogma; el príncipe Protasoff ejerce en el dia este cargo.

El título de *blagotchestiwiéischii* que toman los czares en los actos públicos y que tanto se ridiculiza, no significa otra cosa que *muy piadoso*; lo que hay de cierto es que el emperador representa á los ojos de los soldados y del pueblo la suprema autoridad de la fe ortodoxa (*blagowierie*), y acaso es digno de saberse que Sebastopol, la ciudad augusta, el ba-

luarte del poderío ruso en el mar Negro, se eleva sobre el lugar consagrado por la conversion de San Wladimir, el primer czar que introdujo el cristianismo en Rusia.



Amuleto cojido á un soldado ruso, delante de Sebastopol.

Rusia prohíbe que enseñen á leer á sus soldados. Hay muchas ideas falsas sobre la Rusia, y particularmente sobre la religion griega, que solo difiere de la nuestra en algunos puntos accesorios, como la comunión bajo